



A Portrait of Peter

Spanish

Un retrato de
Pedro

Entrenamiento, liderazgo
y servicio humilde

Armin J. Panning

Un retrato de
Pedro

Entrenamiento, liderazgo y servicio humilde

Armin J. Panning

Editorial Northwestern
Milwaukee, Wisconsin

Ilustración de la portada por Frank Ordaz

A Portrait of Peter: Training, Leadership, and Humble Service © 2002 Northwestern Publishing House, Wauwatosa, Wisconsin. Translated and distributed by WELS Multi-Language Publication Committee with the permission of NPH

Un retrato de Pedro Entrenamiento, liderazgo y servicio humilde © 2002 Editorial Northwestern, Wauwatosa, Wisconsin. Traducido y distribuido por Publicaciones Multilingües WELS con permiso de NPH

Todas las citas de la Escritura, a menos que se indique lo contrario, están tomadas de la Biblia Reina Valera Versión 95, Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso de las Sociedades Bíblicas Unidas.

Este libro fue traducido por Sandra Corzo de Bogotá, Colombia; y revisado por el pastor Michael T Novotny de Madison, Wisconsin.

Derechos Reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida, ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado etc. excepto por citas breves en artículos analíticos, sin permiso previo de la editorial.

Editorial Northwestern
1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226-3284
Copyright 2002 por Editorial Northwestern
www.nph.net

Publicado en 2007
Impreso en los Estados Unidos de América

Tabla de contenido

Parte 1: El período del entrenamiento	1
Parte 2: El período del liderazgo	17
Parte 3: El período del declive de la prominencia: Sección uno .	33
Parte 4: El período del declive de la prominencia: Sección dos ...	53
Parte 5: Pedro en la tradición	69
Notas finales	89

Parte Uno

El período del entrenamiento

A LO LARGO DE LOS SIGLOS el apóstol Pedro continúa siendo una de las figuras más atrayentes en la Escritura. No sólo se conoce mucho acerca de él, sino que lo que se conoce tiene la capacidad de agitar nuestras imaginaciones y ganar nuestra admiración. Existe un atractivo en su humanidad – y, ni qué decir, en sus debilidades. Pedro es un hombre con quien nos podemos identificar.

La vida de Pedro, como la conocemos a través de la Escritura, atraviesa por tres fases distintas. La primera es un período de entrenamiento. El material para este período es extraído más que todo de los evangelios. Éste es seguido por un período de prominencia en el Pentecostés y en la fundación de la naciente iglesia cristiana. El material para este período se encuentra con amplitud en los primeros doce capítulos del libro de Hechos y en las dos epístolas de Pedro. Finalmente, sigue el retiro de Pedro a un servicio tranquilo y humilde en lugares remotos de la iglesia – una tranquilidad que rayaba casi en el olvido. Nosotros sabemos acerca de esta porción de la vida de Pedro en gran parte por la tradición.

Examinaremos estos tres períodos de la vida de Pedro en orden, empezando con su entrenamiento.

El nombre de nuestro apóstol

El apóstol en el cual se centra nuestro interés tiene cuatro nombres. Estos se separan en dos pares, de manera muy natural: Simeón o Simón y Cefas o Pedro. En ambos pares, el primero es el nombre como aparecería en hebreo y el segundo como aparecería en griego. Aunque los nombres se usan de manera intercambiable, unos se usan más a menudo que otros. Ofrecemos las siguientes generalizaciones.

A juzgar por la forma en la cual sus colegas y contemporáneos lo llamaron en los primeros días de su discipulado, podemos concluir que el nombre original de Pedro era el griego Simón en vez del hebreo Simeón. Simeón se usa sólo una o dos veces en la Escritura, mientras que Simón se usa por lo menos 46 veces. Al examinar los nombres Cefas y Pedro, los cuales son las traducciones en arameo y en griego del mismo nombre, que significa “roca”, se revela una desproporción similar, inclinándose aproximadamente 15 a 1 hacia el griego Pedro contra el hebreo Cefas¹.

¿Qué conclusiones útiles se pueden sacar de la preferencia obvia de la Escritura por los nombres Simón y Pedro? Consideremos las siguientes: (1) El griego Simón, y no Simeón, parece haber sido el nombre de Pedro en los primeros años de su vida. (2) Pedro tiene un hermano con un nombre incuestionablemente griego en la persona de Andrés. (3) El arameo Cefas nunca se vio como un nombre popular para Pedro. Por estas razones no parecería ser una conclusión indebidamente precipitada decir que Pedro, el gran apóstol de los judíos, tal vez tuvo conexiones más cercanas con la cultura helenística griega de lo que generalmente suponemos². Es decir, él no sólo fue un judío que hablaba arameo, que no estaba afectado por el helenismo que penetró Galilea. Él fue, más bien, por la providencia de Dios, un judío bilingüe que, a través de su asociación con la cultura griega, había recibido preparación valiosa para su posterior predicación misionera y para su escritura del Nuevo Testamento. Eso explicaría hasta cierto punto su habilidad para escribir dos epístolas en griego, aun cuando por el veredicto de Gamaliel, él era un hombre “sin letras” y “del vulgo” (Hechos 4:13). Ampliaremos sobre esto más adelante.

La familia y los antecedentes de Pedro

No hay evidencia de que ni el padre ni la madre de Pedro le dieran un entrenamiento especial sobre la cultura helenística.

El padre de Pedro es mencionado en dos de los evangelios. Mateo llama al apóstol “Simón hijo de Jonás” (Mateo 16:17). El evangelista Juan se refiere a él como “Simón hijo de Juan” (Juan 1:42). Estos nombres no son griegos y sería arriesgado asumir que por nacimiento y por sangre Pedro era algo más que judío. Nada se nos dice sobre la madre de Pedro y dudaríamos en especular que la fuente de su helenización puede haber venido de ella.

Obviamente Andrés refleja un hogar judío ortodoxo y una crianza judía cuando busca a su hermano Simón y le dice: “Hemos encontrado al Mesías” (Juan 1:41). El mismo hecho de que los hermanos estuvieran con Juan el Bautista en el Jordán implica un fuerte entrenamiento religioso.

Pero también es obvio que Pedro no recibió un entrenamiento teológico ni en la tradición farisea ni en la rabínica. Gamaliel los llama a él y a Juan “hombres sin letras y del vulgo”. Esto no significa que fueran ignorantes ni indoctos. Sólo que no eran graduados de ninguna escuela teológica judía reconocida.

Ocasionalmente salen a flote dos puntos de discusión en relación con la ciudad de nacimiento de Pedro. En el cuarto evangelio se dice que “Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro” (Juan 1:44). Juan 12: 21 identifica a Betsaida como una ciudad de Galilea. La única Betsaida conocida en esa área, sin embargo, es Betsaida Julias, la cual está al oriente del Jordán en territorio que técnicamente sería Gaulanitis y no Galilea. Entonces tal vez Juan está usando el nombre Galilea en el sentido popular de ese territorio que estaba al norte y al occidente del mar de Galilea que estaba poblado por judíos.

El otro punto de interés es que durante el tiempo del discipulado de Pedro, la Escritura siempre habla de él como si viviera en Capernaúm. En Lucas capítulo 5, cuando fueron llamados al discipulado de tiempo completo, Pedro y Andrés eran pescadores, compañeros de Jacobo y Juan, los hijos de Zebedeo, que operaban un negocio de pesca fuera de Capernaúm (versículo 10). Parecería que Betsaida fue el hogar original de la familia que Pedro y Andrés dejaron para irse a Capernaúm, un centro comercial más importante.

Es irónico que Pedro – cuyo celibato habría sido especialmente bienvenido desde el punto de vista católico romano – es el único apóstol que definitivamente sabemos que fue casado. Mateo, Marcos y

Lucas se unen para informarnos que Jesús curó de una fiebre a la suegra de Pedro, quien estaba viviendo en Capernaúm. Aunque los eruditos católicos tienen dificultades exegéticas con el siguiente pasaje, Pablo deja la clara impresión de que la esposa de Pedro lo acompañó en sus viajes misioneros. Pablo pregunta: “¿No tenemos derecho a llevar con nosotros a una hermana por esposa, como hacen también los otros apóstoles, los hermanos del Señor y Cefas?” (1 Corintios 9: 5). Cuando menos, los evangelios son escuetos en decir que alguna vez Pedro fue casado y que su suegra estuvo viviendo en Capernaúm en el tiempo del discipulado de Pedro y del tiempo del ministerio público de Cristo.

Su presencia (la de la suegra) en Capernaúm puede, de hecho, sugerir una respuesta a otro problema. Parece haber existido una casa en la cual Jesús se quedaba regularmente cuando estaba en Capernaúm. Por ejemplo, Mateo dice: “Aquel día salió Jesús de *la casa* y se sentó junto al mar” (13: 1), y Marcos afirma: “Llegó a Capernaúm y, cuando estuvo *en casa*, les preguntó: “¿Qué discutíais entre vosotros por el camino?” (9: 33). ¿Qué casa era ésta? ¿Pudo ésta haber pertenecido a la suegra? Sin duda esa sugerencia debe ser hecha de manera cautelosa para no ser acusado de dar demasiada importancia al tiempo de un verbo griego. Pero es digno anotar que el registro sagrado dice: “E inclinándose hacia ella, reprendió a la fiebre; y la fiebre la dejó, y levantándose ella al instante, les servía” (Lucas 4: 39). El verbo usado para “servir” no es un aoristo, el cual indica una acción simple que se completó en el pasado. Los tres escritores de los evangelios sinópticos usan un tiempo imperfecto, lo cual indica una acción que va hacia adelante, admitiendo la idea de repetición, de actividad habitual o continua (“les servía”). Por lo tanto, es posible que la suegra de Pedro suministrara la casa que sirvió como la base de operación durante el tiempo que duró el ministerio de Jesús en Capernaúm. No es improbable que la familia de Pedro fuera útil en suministrar un hogar para el Hijo del Hombre, quien de otra forma no hubiera tenido ningún lugar para posar su cabeza. Al menos la sugerencia ofrece una solución sin crear problemas adicionales.

Los llamados que Pedro recibió de Jesús

Los cuatro escritores de los evangelios dejan claro que Pedro, junto con los otros apóstoles, recibió tres llamados de Cristo durante su ministerio público. A algunos les ha parecido conveniente referirse a ellos como un llamado a la *amistad*, seguido por un llamado al

discipulado, seguido por un llamado al *apostolado*. Otros hablarían de un llamado *preliminar* y luego de un llamado *permanente* al *discipulado*, seguido por el llamado al *apostolado*.

Hay una diferencia obvia entre el discipulado y el apostolado, y nos referiremos a eso brevemente en relación con el tercer llamado. Encontrar una distinción entre los dos primeros, sin embargo, es más difícil.

Amistad

El evangelio de Juan afirma claramente que muy temprano en su ministerio público, Jesús llamó a Pedro y a otros cinco discípulos. La historia es conocida y no necesita ser explicada completamente. Juan el Bautista, después de bautizar a Jesús en el Jordán lo señaló (a Jesús) a dos de sus propios discípulos como el Cordero de Dios y los instó a convertirse en seguidores de Cristo. Uno de estos hombres era Andrés. Casi con toda seguridad el otro era Juan, el callado y auto discreto autor quien a menudo no se menciona a sí mismo por nombre en su evangelio. Inmediatamente ambos buscaron a sus hermanos. Pedro debió haber estado en la vecindad, porque Andrés no tuvo dificultad en localizarlo y darle las buenas nuevas: “Hemos encontrado al Mesías” (Juan 1: 41).

Como se anotó más arriba, Andrés y Pedro deben haber venido de un hogar en el cual se mantenía viva la esperanza en las promesas del Antiguo Testamento. Ambos fueron llevados a Juan el Bautista. Su predicación poderosa debió haber acrecentado en ellos un fuerte anhelo por la venida del Redentor prometido de Dios. Al menos no escuchamos sobre ninguna duda de parte de Pedro como aquella que mostró Natanael. Pedro vino a Jesús: “Mirándolo Jesús, dijo: Tú eres Simón hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas” (Juan 1:42). Juan les dice a sus lectores que Cefas se traduce como Pedro.

No se nos dice exactamente qué palabras usó Jesús para llamar a Pedro. Pero al día siguiente Jesús dijo a Felipe: “Sígueme”. Del hecho de que seis discípulos acompañaran a Jesús en su viaje de vuelta a Galilea, podemos concluir que la invitación a todos ellos fue la misma. Fue esencialmente un llamado a convertirse en *aprendices*, porque eso es por definición lo que son los “discípulos”. Fue una invitación a acompañarlo, a escucharlo, a aprender de él, a absorber su espíritu.

Pronto se presentó una situación de aprendizaje. Unos pocos días después Jesús comenzó sus poderosos milagros al transformar el agua en vino en una boda en Caná. Aunque los huéspedes pueden no haber sabido que estaban bebiendo vino que había sido producido de

manera milagrosa, Pedro y los otros cinco sí lo sabían. Juan nos dice que este fue el comienzo de los milagros. “Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos

creyeron en él” (Juan 2: 11). El período de entrenamiento de Pedro había comenzado.

Volviendo al Jordán por un momento y al tema del primer llamado de Pedro, podemos añadir un pensamiento más. Una lectura cuidadosa del llamado de Pedro indica que Jesús no necesariamente le dio un nuevo nombre en esta etapa. Está implícito que él recibiría un nuevo nombre, pero todavía no le es dado expresamente. Jesús dice: “Tú eres Simón hijo de Jonás; tú *serás llamado* Cefas”. El tiempo es futuro. Pedro no es todavía el hombre “roca”. Él tiene todavía muchas cosas para aprender y también un número desconcertante de cosas para desaprender, pero Cristo promete que el programa de entrenamiento no será un fracaso. Éste puede marchar a tontas y a locas y tener sus altos y sus bajos, pero Pedro no se quedará relegado. Él se convertirá en un Cefas real.

Es difícil determinar con precisión lo que hicieron Pedro, y los otros cinco discípulos cuando Jesús volvió y se estableció en Nazaret. Se puede asumir que volvieron a su ocupación anterior, la pesca. Sin embargo, podemos estar seguros de que ellos no perdieron el contacto con Jesús, porque muy pronto los veremos nuevamente en su compañía.

Es útil notar cómo el evangelio de Juan complementa los sinópticos (los evangelios de Mateo, Marcos, y Lucas). Si sólo tuviéramos los sinópticos, sería posible concluir que el ministerio público de Jesús duró sólo un año y que fue restringido a Galilea. Es Juan quien nos proporciona la cronología y quien nos permite ver que también hubo un ministerio temprano, aparentemente basado en Nazaret, el cual incluyó trabajo en Jerusalén y Judea.

En el segundo capítulo de su evangelio, Juan nos dice que Jesús fue a Jerusalén para la Pascua judía y nos informa que Pedro y los otros discípulos fueron con él. Su presencia no fue muy evidente, pero estuvieron allá. Por ejemplo, en el relato de la purificación del templo, Juan simplemente observa que la conducta osada de su maestro lanzó un estremecimiento sobre los discípulos y les acordó del Salmo 69: 9: “Me consumió el celo de tu Casa” (Juan 2: 17). Otro ejemplo se encuentra en Juan capítulo 4 en la referencia a un ministerio en Judea en el cual Cristo bautizó más discípulos que Juan el Bautista. Juan añade que Cristo no realizó el bautismo él mismo, sino que lo hicieron sus discípulos. Entonces, durante estos días

tempranos del ministerio de Jesús, los discípulos sí permanecieron en contacto con él, pero su entrenamiento no podía haber sido ininterrumpido o muy intensivo si éste coincidió sólo con las visitas periódicas de Jesús a Judea.

Discipulado

Un cambio marcado, sin embargo, tuvo lugar cuando Jesús comenzó su gran ministerio en Galilea. Después de haber sido rechazado en Nazaret, Jesús se mudó a Capernaúm, ciudad que le sirvió como base para un ministerio vigoroso y activo en toda Galilea y más allá. Sus anteriores estudiantes de tiempo parcial, también ocupados en la pesca, podían ahora ser enrolados en un programa de entrenamiento de tiempo completo e intensivo, con su maestro. Los tres escritores sinópticos dan una clara ilustración de que Andrés, Pedro, Jacobo, y Juan, se ligaron a Cristo en Capernaúm, en las playas del mar de Galilea, en respuesta a un llamado muy específico que Jesús les extendió allá.

Nos concentraremos en el relato de Lucas, porque él escribe unas notas especiales sobre Pedro. Cuando la gente se agolpó alrededor de Jesús para escuchar la Palabra, Jesús se subió en el bote de Pedro y le pidió que se apartara un poco de la tierra para que pudiera dirigirse a la multitud más fácilmente. Después de su sermón, Jesús le dijo a Pedro que pescara mar adentro, un lugar improbable para encontrar peces. Allí Pedro y sus compañeros, experimentaron una pesca milagrosa. Vencido por la grandeza del Señor y por su propia indignidad, Pedro cayó de rodillas ante Jesús y dijo: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (Lucas 5: 8). Por fortuna en esta ocasión, y en muchas otras también, el Señor no escuchó a Pedro. Más bien, Jesús le aseguró a él y a los otros discípulos (Jacobo, Juan y presumiblemente Andrés, aunque Lucas no lo menciona específicamente a él): “No temas; desde ahora serás pescador de hombres” (Lucas 5: 10).

Desde ese momento en adelante Pedro fue un discípulo de tiempo completo, o un aprendiz. En su programa de entrenamiento, no había salones de clase, no había requisitos formales, ni tareas escritas con notas al pie de página, ni bibliografías. Pedro y el resto de los discípulos utilizaron un método mejor. De acuerdo con el modo antiguo de educación, el discipulado significaba unión personal al maestro. Desde el momento en que se levantaba en la mañana hasta que se iba a la cama en la noche, a Pedro se le permitía observar a su Salvador de primera mano a cada instante. Él escuchaba la predicación y la enseñanza pública de Jesús. Él escuchaba las preguntas que la gente

le hacía a Jesús y las respuestas que Jesús daba. Él tomó parte en las conferencias privadas que Jesús daba a sus discípulos. Tal vez Pedro quería más que sólo tomar parte en las preguntas y escuchar las respuestas de su maestro.

Pero había más. A Pedro se le permitía no sólo aprender lo que Jesús decía sino también capturar el espíritu de cómo él lo decía y ver cómo él trataba a la gente a la cual había venido a servir. Pedro habría visto el incansable ahínco y la energía de su maestro, su incesante compasión por las almas, su mansedumbre y humildad, su sentido de valores, tan diferente del espíritu de la época. Él fue testigo de que Jesús confirmó la dignidad en las mujeres al igual que en los hombres, y otorgó a los niños no sólo *un* lugar sino el *primer* lugar en el reino de Dios. Y seguramente, junto con los escritores del evangelio, Pedro fue testigo de los largos períodos de silencio y de las noches de desvelo durante las cuales Jesús oró con vehemencia a su Padre celestial. Estas y muchas otras cosas fueron *capturadas* por los discípulos en tanto que les eran *enseñadas*.

Con seguridad, ser llamado un discípulo era un privilegio bendito para Pedro. Él todavía tenía mucho para aprender – acerca de sí mismo y de los problemas causados por su naturaleza impetuosa, de su tendencia hacia la bravata, sin mencionar las veces en las que se olvidó del interés más grande del reino de Dios y trató de usar su posición como discípulo para alcanzar sus propios objetivos.

Pero el discipulado no era meramente una calle de una vía, con ventajas acumuladas para el discípulo. Había una razón para eso – un objetivo y un fin hacia el cual eso se dirigía. Y para Pedro y los otros once, ese fin era el apostolado.

Apostolado

En este punto debemos observar la distinción entre discipulado y apostolado, porque no son idénticas. Todo hijo de Dios es un discípulo. Ya que la gente llega a la fe sólo a través de la obra del Espíritu Santo, todos los creyentes necesitan ser “enseñados por Dios”. Ese proceso de aprendizaje, ese discipulado se da a lo largo de la vida del creyente. Con lo que Lucas nos dice, se vuelve claro que Jesús tuvo un grupo más grande de discípulos que sólo los Doce. Lucas escribe: “Cuando llegó el día, llamó a sus discípulos y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles” (Lucas 6: 13).

Llamar apóstoles era un paso de peso e importante en el ministerio de Cristo, lo cual queda claro por la forma tan intensa en la cual él se preparó para eso. De nuevo es Lucas quien nos dice que: “En

aquellos días él [Jesús] fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios” (Lucas 6: 12).

¿Cuál fue este oficio apostólico para el cual fueron llamados Pedro y los Once? Tal vez esto está mejor esbozado para nosotros por el evangelista Marcos. Él nos dice que: “[Jesús] designó entonces a doce para que estuvieran con él, para enviarlos a predicar y que tuvieran autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios” (Marcos 3: 14, 15). Note la triple tarea de los apóstoles: aprender de Cristo, compartir el mensaje que aprendieron, y autenticar ese mensaje con signos divinos.

No se esperaba que todos los discípulos de Jesús dejaran sus profesiones, como había hecho Pedro, y se convirtieran en aprendices de tiempo completo en la escuela de Cristo. Con toda seguridad, ellos iban a continuar creciendo en gracia y en conocimiento, pero fueron los Doce quienes fueron específicamente llamados, los que “podían estar con él”. Sólo ellos debían convertirse en estudiantes de seminario, por así decirlo.

El propósito específico de Jesús con esta cuidadosa enseñanza era “que pudiera enviarlos a predicar”. Este oficio apostólico no privó al discípulo “ordinario” (si podemos usar ese término) del privilegio de dar testimonio ni de ser testigo de su Salvador. Él enseñaría a su familia y hablaría al vecino inconverso por sobre la cerca del patio de atrás, pero no estaba específicamente orientado a dejar su hogar. Sin embargo la palabra *apóstol*, la cual es simplemente una transliteración inglesa de un verbo griego, significa “ser enviado”.

En un sentido muy real, los apóstoles debían llevar la iglesia a las cuatro esquinas del mundo. Y para esta tarea especial y ardua, Cristo les dio dones especiales, incluyendo la autoridad para sacar fuera demonios. Los apóstoles de Cristo debían ser una parte integral del establecimiento de la iglesia. Pablo describe la iglesia como “edificados sobre el fundamento de los *apóstoles* y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Efesios 2: 20).

Es evidente que el llamado a ser un apóstol era una carga pesada. La seriedad de ese llamado se refleja también en la forma en la cual la Escritura registra los nombres de los doce apóstoles. La similitud en el patrón usado por los cuatro escritores de los evangelios no puede ser una mera coincidencia. Hay cuatro listas: Mateo capítulo 10, Marcos capítulo 3, Lucas capítulo 6 y Hechos capítulo 1. En todos los casos los nombres de los doce apóstoles están divididos en tres grupos de cuatro hombres (excepto en Hechos donde Judas obviamente no está). Los cuatro hombres de cada grupo son los mismos, aunque su orden varía de alguna forma. Pero de especial

interés para nosotros es que Pedro siempre es mencionado en primer lugar. No sólo es mencionado de primero, sino que la Escritura llama la atención sobre su preeminencia. Mateo comienza su lista diciendo: “Los nombres de los doce apóstoles son estos: primero Simón, llamado Pedro” (10: 2).

Con nuestras sensibilidades cuidadosamente desarrolladas contra cualquier cosa que pudiera apoyar la pretensión católica romana de que Pedro fue el primer Papa, ese pasaje puede ser un poco perturbador para nosotros. ¿Estaba Pedro, de hecho, siendo preparado para ocupar alguna posición especial y altamente privilegiada en la iglesia? La respuesta a esa pregunta es tanto sí como no.

Para que esta respuesta no parezca ser una vergonzosa defensa sin tomar una posición, recordemos una vez más el esbozo general sugerido por este retrato. Hemos notado que hay tres períodos definidos en la vida de Pedro. El primero es su período de entrenamiento, que se ajusta de modo general al tiempo cubierto en los evangelios. El segundo es un período durante el cual él guió a la iglesia a través de ese período crítico desde su institución en Pentecostés a través de su crecimiento inicial hasta que se expandió desde Jerusalén hasta Judea y Samaria. Este es en términos generales el tema del que se trata la primera mitad de Hechos. Sin ninguna duda Pedro es la figura central allí. Sin embargo, ese período de la vida de Pedro es seguido por un período de servicio silencioso y oculto mientras Pablo estaba llegando al mundo gentil. Durante este período, Jacobo, el hermano de nuestro Señor, se ubicó en un escenario central entre los cristianos en Jerusalén. Entonces no es meramente una defensa sin tomar posición el responder sí y no a la pregunta de si Cristo estaba preparando a Pedro para un papel especial en la iglesia. Sí: Pedro fue sin duda el primer discípulo en el período de institución de la iglesia cristiana primitiva, pero, no: él no estaba siendo llamado a una posición que fuera a perpetuarse hasta la segunda venida de Cristo. De hecho, la posición de liderazgo de Pedro no sobrevivió ni siquiera al tiempo de su propia vida.

Darnos cuenta de eso nos ayudará a escoger con cuidado de entre la cantidad de material registrado en los evangelios acerca de Pedro. Un énfasis parcializado hacia el papel de liderazgo de Pedro lo inclina a uno a concentrarse en todos los relatos del evangelio en los cuales Pedro habla primero o bien toma el liderazgo. Hacerlo, sin embargo, producirá una serie de viñetas desarticuladas en vez de crear un retrato real de Pedro. Entonces fijemos nuestra atención en unos pocos eventos claves que son instrumentales en la preparación que

Jesús hizo de Pedro para su gran obra de ser el líder de la iglesia durante su infancia.

Entrenamiento para el liderazgo

Ya durante los días de su entrenamiento, a Pedro se le concede una posición de liderazgo entre los Doce. Y eso no parece haber sido desalentado por Jesús. Pedro es ocasionalmente corregido o reprendido por *lo que* dijo pero no por tomar el papel de ser el vocero. Es Pedro quien, por ejemplo, pregunta en nombre de todos los discípulos: “Señor, ¿dices esta parábola a nosotros o también a todos?” (Lucas 12: 41). En otra ocasión Pedro pregunta en nombre de todos los discípulos: “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido: ¿qué, pues, tendremos?” (Mateo 19: 27). Incluso la fraseología de los evangelios refleja el hecho de que Pedro ya era reconocido como líder. Marcos nos dice que después de que Jesús había pasado la noche en un lugar solitario en oración, “Lo buscó Simón y los que con él estaban” (Marcos 1: 36). Y nuevamente, fue Pedro, hablando por aquellos que estaban con él, quien objetó cuando Jesús preguntó quién en la multitud lo había tocado y había obtenido la sanidad del borde de su vestidura (Ver Lucas 8: 45).

Entrenamiento especial

La preparación de Pedro para una posición de liderazgo en la iglesia cristiana primitiva es evidente también por el hecho de que Jesús le permitiera ser uno del círculo interno de discípulos cercanos (incidentalmente, note cómo Pedro siempre es mencionado primero en el trío familiar de Pedro, Jacobo, y Juan).

Tres instancias que involucran este círculo interior merecen algún comentario. Primero, Jesús permitió que los tres estuvieran presentes cuando él resucitó a la hija de Jairo y dio un poderoso testimonio de que él es el Señor de la vida y de la muerte. Aquí, en el hogar de Jairo, Pedro fue testigo de ese testimonio. Fácilmente uno puede imaginar que la mente de Pedro se devolvió a ese momento de su entrenamiento cuando, unos pocos años después, él mismo fue llamado a realizar un milagro similar en la callada cámara de la fallecida Tabita (Hechos 9: 36 - 41).

Luego está el privilegio que le fue otorgado a Pedro y a los otros dos en el monte de la Transfiguración. Allí a él se le permitió dar un vistazo a la gloria de Cristo y escucharlo hablar con Moisés y Elías

sobre la naturaleza exacta de la “partida” que pronto llevaría a cabo en Jerusalén. Aquí Pedro revela su necesidad de más entrenamiento, porque trata de prolongar el momento con su tonta sugerencia acerca de las enramadas. Marcos, sin duda reflejando la perturbación posterior del apóstol, descarta la sugerencia con la explicación concisa: “No sabía lo que hablaba, pues estaban asustados” (Marcos 9: 6).

Y finalmente, a Pedro se le dio un vistazo del abatido sufrimiento y agonía en el jardín de Getsemaní. Aquí nuevamente, él se distinguió por su obvia necesidad de más entrenamiento. En la hora de crisis de su maestro, Pedro no pudo permanecer despierto, ni siquiera por un corto tiempo. Pero eso no significa que el entrenamiento especial aquí conferido fue perdido en Pedro. Al instar a los receptores de su primera epístola a permanecer firmes contra la persecución y el sufrimiento, él les recuerda la agonía del Salvador. Ellos deben sostener “porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigáis sus pisadas” (1 Pedro 2: 21).

La roca

Ninguna discusión sobre el entrenamiento de Pedro durante los días del ministerio público de Cristo estaría completa sin alguna mención de la gran confesión de Pedro en Cesarea de Filipos y la reprensión de la que fue objeto poco después.

A la pregunta de Jesús “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?” (Mateo 16: 13), los discípulos individualmente reportaron las opiniones populares del día: Juan el Bautista, Elías, Jeremías, o uno de los otros profetas. Pero a la pregunta: “Y vosotros (observe que es en plural), ¿quién decís que soy yo?” (16: 15), Pedro respondió por el grupo con la clara afirmación: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (16: 16).

Por esta confesión Jesús encomienda a Pedro. Esta es la única vez en el Nuevo Testamento que una palabra de bendición es dirigida específicamente a un individuo. Jesús dice: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (16: 17).

Entonces él continúa: “Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no la dominarán. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos: todo lo que ates en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desates en la tierra será desatado en los cielos” (16: 18, 19).

La “roca” sobre la cual Cristo edificará su iglesia es, por supuesto, no la persona de Pedro sino su confesión de fe – que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Y el poder especial de administrar

las llaves no es algo que sólo Pedro tenga. Este poder pertenece a todos los cristianos, como Mateo deja perfectamente claro cuando dos capítulos más adelante (18: 18), Jesús le da el mismo derecho a todos los apóstoles (utilizando el verbo en plural) que aquí dio a Pedro. Que la persona de Pedro hubiera sido la clase de base más pobre para la iglesia, pronto es dolorosamente obvio. Mateo inmediatamente registra cómo Pedro trató de disuadir a Jesús de seguir el camino a la cruz – un consejo bien intencionado pero diabólico.

Pero es justo preguntar: ¿Por qué Jesús habla a Pedro como lo hace en Mateo capítulo 16? ¿Por qué él bendice sólo a Pedro y habla del ejercicio del oficio de las llaves en singular? ¿Por qué Jesús usa el juego de palabras de que Pedro (*Petros*, en griego) será la roca (*Petra*, in griego) sobre la cual él edificará su iglesia? Una respuesta parcial puede encontrarse en el patrón de la vida de Pedro, a la cual ya nos hemos referido. Vendrá, y muy pronto ahora, un tiempo en el cual Pedro será muy influyente para establecer la joven iglesia cristiana. Pedro y los otros apóstoles se iban a dar cuenta de que el orden y la disciplina, no la anarquía, debían gobernar en la iglesia bajo la guía de un líder, Pedro, a quien Jesús había entrenado y preparado para ese trabajo. Las palabras de Cristo aquí en Mateo son profecía más que cualquier clase de comisión. Porque notemos que no hay ni la más mínima pista en el texto de que Jesús esté estableciendo una jerarquía. Y hay todavía menos indicación de que el papel de Pedro debe ser pasado a un sucesor. Jesús está meramente hablando de la preeminencia que marcará la porción intermedia de la vida de Pedro.

La preocupación de Cristo durante su pasión

Si concedemos que Pedro estará en una posición de preeminencia entonces podemos entender más fácilmente la preocupación especial de Jesús por él durante los días de su sufrimiento y muerte. ¡Qué victoria hubiera sido para Satanás si hubiera causado la caída del líder reconocido por los discípulos! Satanás entonces podría haber desbaratado los esfuerzos de misión de todos los apóstoles. En palabras específicamente dirigidas a Pedro, Jesús dice: “Simón, Simón, Satanás os ha pedido para zarandearos [en plural, es decir, a Pedro y a los otros apóstoles] como a trigo; pero yo he rogado por ti [en singular, es decir, solamente Pedro], para que tu [en singular] fe no falte; y tú [singular], una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lucas 22: 31, 32).

Que la fe de Pedro sí fallara, no obstante la diligente advertencia del Salvador, es por supuesto un tema de la historia. Pero incluso entonces, mientras el Salvador estaba pasando por el más

amargo sufrimiento, él hizo el esfuerzo especial de poner sobre Pedro esa mirada escrutadora, la cual lo puso en el camino de la recuperación y lo habilitó finalmente para fortalecer a sus hermanos.

La preocupación especial del Cristo resucitado

Conceder la preeminencia de Pedro también nos explicará la especial atención que éste recibió del Salvador *resucitado*. En su mensaje comunicado a través del ángel, Jesús instruyó a las mujeres: “Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis, como os dijo” (Marcos 16:7).

El relato de Lucas en el capítulo 24 no deja totalmente claro si Jesús se apareció a Pedro primero o a los dos discípulos en el camino de Emaús. Pero sí establece sin dejar dudas que Jesús se apareció a Pedro el día en que resucitó. El Espíritu Santo no ve apropiado registrar para nosotros lo que Jesús le dijo a Pedro en esta reunión, pero podemos estar seguros de que el discípulo que salió del patio del sumo sacerdote llorando fue rápidamente a rogar por el perdón de su maestro. Y sabemos cómo trata Jesús a los pecadores penitentes.

En la playa de Galilea

La etapa final del entrenamiento de Pedro fue paralela, de alguna manera, a su llamado inicial al estudio de tiempo completo. De nuevo Jesús y los discípulos están en el mar de Galilea. Nuevamente Pedro y sus compañeros están pescando. De nuevo ellos no han tenido éxito, pero una vez más bajo la dirección de Jesús, ellos tuvieron una pesca milagrosa. Nuevamente el interés de Jesús no es el de entrenar pescadores de peces sino en hacer pescadores de hombres. Él está preocupado por los discípulos en general y por Pedro en particular. Y por esa razón, después de proveerles el desayuno, Jesús indaga tres veces por la relación de Pedro con su maestro. Él no usa el nombre Pedro, el hombre “roca”, sino tres veces dice: “Simón, hijo de Jonás ¿me amas más que estos?” (Ver Juan 21: 15 – 17).

No es necesario que nos detengamos aquí en el hecho de que Jesús en sus preguntas use dos diferentes verbos para *amar*. Lo que es importante es que después de cada una de las afirmaciones de Pedro sobre su amor por el Salvador, Jesús le dice que alimente las almas que serán puestas bajo su cuidado. De este modo, Pedro es completa y públicamente restaurado en su papel como trabajador de la iglesia de Cristo.

No sólo el Salvador restaura a Pedro, sino que con gracia le asegura que no repetirá su vergonzosa negación. Jesús le promete que

él mostrará la fortaleza y la valentía que se necesita para resistir la muerte de un mártir (Ver Juan 21: 18 – 22).

Pero Pedro sigue siendo Pedro. Incluso esta última sesión de enseñanza es levemente echada a perder por la petición de Pedro de ser informado acerca de lo que sucederá a Juan. De manera benévola pero firme Jesús tiene que decirle: “Si quiero que él [Juan] quede hasta que yo vuelva, ¿qué a ti?” Y luego, de manera suficientemente apropiada, el entrenamiento de Pedro cierra con las mismas palabras con las cuales se había abierto. Jesús le dice: “Sígueme”.

Preguntas de estudio

1. El griego Pedro, no el hebreo Cefas, fue comprendido como el nombre de Pedro. ¿Qué puede esto decirnos acerca del mundo en el cual Pedro vivió?
2. ¿Dónde vivió Pedro? ¿Cuál era su ocupación?
3. ¿Qué sabemos acerca del estado civil de Pedro?
4. La gente ha sugerido tres nombres para los llamados que recibió Pedro. ¿Cuándo tuvieron lugar estos llamados, y qué significó cada uno para la vida y el ministerio de Pedro?
5. ¿Cómo empezó el período de entrenamiento de Pedro? (Ver Juan 2: 1 – 11)
6. ¿Qué escritor del evangelio da la mayor cantidad de información acerca de la duración del ministerio de Jesús? ¿Qué hicieron Jesús y sus discípulos en los meses tempranos antes de que él comenzara su ministerio en Galilea?
7. Describa la naturaleza del discipulado de Pedro. Es decir, ¿cómo lo entrenó el Señor y a los otros discípulos?
8. Los apóstoles están listados en cada uno de los evangelios. ¿Qué pistas nos dan estas listas acerca de la posición de Pedro en relación con los otros discípulos?
9. Dé evidencia que muestre que Jesús preparó a Pedro para una posición de liderazgo en la iglesia. Comente sobre lo siguiente:
 - Pedro hablando por los otros discípulos
 - El círculo interno
 - La “roca”
10. Durante las últimas horas de su vida, ¿qué preocupación especial mostró el Salvador a Pedro? ¿Por qué fue importante esa preocupación?
11. ¿Qué preocupación especial mostró Jesús a Pedro después de haber resucitado de la muerte el domingo de Resurrección? ¿En el mar de Galilea?

Parte Dos

El período del liderazgo

COMO YA SE INDICÓ, la vida del apóstol Pedro se desarrolla en tres períodos. En el capítulo uno, cubrimos el primer período, el entrenamiento de Pedro, marcado por todas las cosas que éste tuvo que aprender y desaprender como fue registrado para nosotros por los evangelistas. Cerramos nuestra discusión de este período de la vida de Pedro anotando que incluso después de la resurrección de Jesús, el entendimiento de Pedro todavía dejaba mucho que desear. Por ejemplo, en el mar de Galilea, con su gracia Cristo le había asegurado a Pedro que no sucumbiría nuevamente a una vergonzosa negación de su Señor pero que, en cambio, sería capaz de soportar la muerte de un mártir. Pero entonces Pedro dejó que su curiosidad lo delatara con respecto al destino de su buen amigo Juan. La benévola reprensión y repetida instrucción de Cristo, “Sígueme”, indica que Pedro todavía no había absorbido completamente ni la enseñanza ni el espíritu, de su maestro.

No se nos relata cómo reaccionó Jesús ante la falta de preparación de su pupilo para asumir una mayor responsabilidad en el siguiente período de la iglesia. Tal vez la nota de resignación de Jesús en el aposento el Jueves Santo nos da alguna comprensión: “Aún tengo muchas cosas que decir, pero ahora no las podéis sobrellevar” (Juan 16: 12).

En sus posteriores apariciones después de la Pascua, con seguridad Jesús continuó dirigiéndose a las debilidades de sus discípulos. En el capítulo inicial de Hechos, Lucas nos dice que “A ellos también después de haber padecido, (Jesús) se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios” (versículo 3). Sin duda la imagen de la obra de Cristo y de su propio llamado se volvió más y más clara a través de estas discusiones con su maestro resucitado. Sin embargo, una opinión optimista sobre el estado de preparación de los discípulos será moderada, por el hecho de que en un momento tan avanzado como la Ascensión, Pedro y los discípulos todavía preguntaban con ingenuidad: “Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?” (versículo 6).

Incluso después de haberlos instruido por tres años, Jesús no perdió la paciencia. Él explicó: “No os toca a vosotros saber los tiempos o las ocasiones que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (versículos 7, 8).

Estos versículos hacen énfasis en dos puntos importantes: Jesús promete poder, poder que sus discípulos usarán bajo la guía del Espíritu Santo. Jesús también indica dónde, geográficamente, deberían ellos ocuparse de la proclamación de evangelio. Estos dos puntos inciden de manera directa en la vida y en el trabajo de Pedro.

Aún cuando, en un momento tan avanzado como la Ascensión, el estado del entrenamiento de Pedro dejaba algo que desear, no hay absolutamente ninguna indicación en la Escritura de ninguna deficiencia ni debilidad en la forma en la que Pedro realizaba sus tareas en los días cruciales que siguieron a la Ascensión. El Espíritu Santo hizo a Pedro el hombre “piedra” que Jesús había prometido que sería. Pedro es, sin ninguna duda, *el* líder en aquellos primeros días de la iglesia cristiana.

Sin embargo también notamos que la importancia de Pedro declina en directa proporción con el hecho de que la iglesia sale de Jerusalén. En Jerusalén, Pedro es el centro de toda la actividad en la iglesia cristiana. Cuando la iglesia llega a Samaria a través del trabajo de Felipe y de otros que han venido de Jerusalén, Pedro todavía juega un cierto, pero más limitado, papel. Él es llamado para supervisar el trabajo allá a través de la imposición de manos y por el otorgamiento de los dones especiales del Espíritu Santo.

Sin embargo, cuando la iglesia llega hasta los “lo último de la tierra”, es decir, al mundo gentil y pagano, allí a Pedro meramente se le permite “romper el hielo”, por así decirlo. Cuando fue llamado al hogar de Cornelio (Hechos 10), Pedro es usado por Dios solamente para establecer el

principio de que Cornelio, y los gentiles en general, sin duda pueden buscar la entrada a la iglesia. Sin embargo, el trabajo verdadero de reunir a los gentiles, los cuales pronto forman la mayoría de la iglesia, en gran manera recae en Pablo, mientras que Pedro retrocede hasta una posición en el trasfondo como el apóstol “para los circuncisos”³. Entonces, aunque Pedro sin ninguna duda mantiene una posición de prominencia en la iglesia primitiva, es una posición que no ofrece tenencia y ciertamente no da la oportunidad de establecer una jerarquía ni un sistema de sucesión apostólica.

Pedro en Jerusalén

El primer acto de liderazgo de Pedro que fue registrado para nosotros en la Escritura tuvo lugar durante los días después de la Ascensión, cuando los discípulos estaban obedeciendo el mandato de Cristo: “No salgáis de Jerusalén, sino esperad la promesa del Padre” (Hechos 1: 4). Como la cabeza de un grupo de aproximadamente 120 discípulos, Pedro sugirió que llamaran un reemplazo para el traidor Judas. Observe las calificaciones para el apostolado que son estipuladas en este llamado. El llamado estaba abierto para “hombres que han estado juntos con nosotros (los apóstoles) todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba”. Y el objetivo era que esa persona fuera “hecho con nosotros testigo de su resurrección” (Hechos 1: 21, 22).

¿Tal vez Pedro estaba traspasando los límites de los deberes de su oficio al asegurar la elección de Matías? Algunos han sugerido que ya que nada más se escuchó de Matías, el Señor de manera silenciosa ignoró esta elección y escogió a Pablo como el doceavo apóstol. Sin embargo esa lógica no funciona y escasamente hace justicia a las acciones cuidadosamente consideradas de Pedro. Pedro basó sus acciones no en sus propias opiniones sino en convicciones extraídas del Salmo 69: 25, el cual habla de la vacancia en el oficio pastoral del traidor, y del Salmo 109: 8, el cual habla del deber de nombrar un sucesor. También, el hecho de que Matías no aparezca en los relatos posteriores no acarrea ningún peso, en vista del hecho de que la mayoría de los discípulos no son mencionados fuera de los evangelios.

Por otra parte, incluso aquellos que cuestionan lo apropiado de la acción de Pedro concederán que sin duda él está actuando como el líder de todos los apóstoles. Además, como tratamos de señalar, Pedro y los Once en Jerusalén, de manera consistente, parecen operar como un bloque o una unidad. Desde el punto de vista de Pablo, su ministerio hacia los gentiles nunca fue una parte, sino más bien una contraparte, del ministerio hacia los circuncisos en el que Pedro y “los que eran apóstoles antes que yo (él)” (Gálatas 1: 17) estaban comprometidos.

Pedro y los sucesos del Pentecostés

Tal vez nada posiciona a Pedro en una prominencia mayor en la iglesia primitiva, que los grandes eventos del Pentecostés. Cuando los apóstoles estaban sentados juntos, “de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablaran” (Hechos 2: 2 – 4).

Con seguridad Lucas quiere señalar el papel preeminente que Pedro tuvo en esta ocasión, porque él informa cuando menos sobre el esquema del sermón de Pedro con algún detalle y luego indica el resultado bendito de esa proclamación: aquellos que con gusto recibieron sus palabras, fueron bautizados (Hechos 2: 41). Sin embargo, cuando el versículo continúa: “y se añadieron aquel día como tres mil personas”, eso no necesariamente significa que todos aquellos fueron convertidos por el sermón de *Pedro*. Debemos recordar que los otros apóstoles también predicaron. Recordemos la afirmación de Lucas: “*Todos* fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablaran” (Hechos 2: 4). Todos, desde partos y medos hasta cretenses y árabes, *los escucharon*, es decir, a los apóstoles, declarar las maravillas de Dios en sus propias lenguas (Hechos 2: 9 – 11).

Es probable que los discípulos predicaran en varias lenguas y a varios grupos de gente. Ahora: la logística de esa escena puede plantear algunas preguntas. ¿Cómo podía haber 12 estaciones de predicación sin que una compitiera con la otra? O si cada discípulo predicó a personas de determinada nacionalidad por turnos, ¿cómo podían ellos haber puesto orden a esa masa heterogénea de humanos? En cuanto a eso, ¿cómo pudo toda esa gente haber llegado cerca de la “casa” (Hechos 2: 2) de la cual el sonido estruendoso estaba emanando?

Parte de la respuesta va en contra de lo que nosotros entendemos por *casa* - el lugar en el cual Pedro y los Once estaban

sentados cuando se escuchó el sonido estruendoso. El término griego que se usa aquí generalmente se aplica a una morada, es decir, a un edificio ordinario que se usa como hogar. Utilizado por extensión, puede también incluir a la gente que estaba en el edificio, la familia. Existen, sin embargo, también unos pocos usos especializados del término. Por ejemplo, Jesús habla del templo en Jerusalén como “la *casa* de mi Padre”, la cual debe permanecer como *casa* de oración, no para ser usada como una *casa* de mercado (Juan 2: 16)⁴. O de nuevo, al hablar de la sangre inocente de los mártires derramada desde Abel hasta Zacarías, se dice que este último pereció “entre el altar y el *Templo*” (Lucas 11: 51). La palabra traducida como “templo” es simplemente *casa* en griego.

De ahí que Pedro y los Once probablemente no estaban sentados en un hogar privado sino que estaban reunidos en un área del templo. Cuando el sonido estruendoso vino, inmediatamente fue escuchado por los miles de peregrinos de Pentecostés que estaban reunidos allá. Varias esquinas y pórticos del complejo del templo pueden haber sido utilizados por los Doce para predicar al mismo tiempo a grupos de tamaño variable.

En ese caso, era muy natural para Lucas informar: “Perseveraban [los creyentes] unánimes cada día en el templo, y partiendo pan en las casas comían juntos con alegría y sencillez de corazón” (Hechos 2: 46). Reuniones como esas, por supuesto, no excluían su división en grupos más pequeños y el retiro a residencias privadas para partir el pan en sus hogares.

Con el derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés, comenzó la vida formal de la iglesia cristiana y Pedro tuvo un papel de liderazgo en todos los eventos que son reportados para nosotros.

No hay forma de determinar cuánto tiempo después del Pentecostés ocurrieron los sucesos de Hechos capítulo 3. Pedro y Juan, en su camino al templo para la hora de oración nocturna, sanaron a un hombre cojo en la puerta llamada la Hermosa. El hombre se había convertido en una figura bien conocida, ya que se sentaba allí día tras día y pedía limosna. La vista de él caminando, saltando y alabando a Dios en el pórtico de Salomón pronto atrajo una audiencia algo grande. Pedro nuevamente aprovechó la oportunidad para dirigirse a la gente con palabras que son, de muchas formas, rememorativas de su sermón de Pentecostés. Pedro negó tener cualquier poder especial y dejó claro que el hombre cojo había sido sanado en el nombre del Santo y Justo, el autor de la vida – a quien ellos habían matado. Pero Pedro declaró: “Dios lo resucitó de los muertos” y “nosotros somos testigos” de estas cosas (versículo 15). Él les dijo: “Así que arrepentíos y convertíos para

que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de consuelo” (versículo 19).

Es un poco difícil determinar desde el griego cómo Lucas valoró los efectos del mensaje de Pedro. El verbo que Lucas usa aquí para describir el incremento en número es diferente del que usó en Hechos capítulo 2, en relación con el resultado del sermón de Pedro en el Pentecostés. Allí él usó un verbo que significaba “añadir”. Aquí usa un verbo que puede significar o bien “ser” o “convertirse en”. Sí; es posible que el número de personas convertidas en esta ocasión fuera de cinco mil. Sin embargo, no hay indicación en el contexto de que esto fue un evento más dramático que el de Pentecostés. Si fue así, Pedro estaría convirtiendo aquí casi el doble de personas que lo que hicieron los Doce apóstoles, combinando sus esfuerzos, en Pentecostés. Por lo tanto, en este caso nosotros optamos por el significado “convertirse”. Entonces Lucas estaría diciendo que la suma total de la congregación cristiana después del significativo aumento en el pórtico de Salomón ahora había llegado a cerca de cinco mil almas. Una verificación superficial de algunas traducciones modernas indica un consenso general a favor de este punto de vista.

No hay duda, sin embargo, del efecto de este sermón sobre los mismos Pedro y Juan. Ellos fueron arrestados. Sus palabras y acciones crearon un problema para los enemigos de los apóstoles: las autoridades del templo, los sacerdotes, el capitán de la guardia del templo y los saduceos. Primero que todo, las autoridades estaban “resentidas de que enseñaran al pueblo” (Hechos 4: 2). Pedro no tenía grado. Él no era un graduado de ninguna escuela de teología. Aquí había “hombres sin letras y del vulgo” (Hechos 4: 13), que estaban presumiendo de enseñar a la gente. Y su mensaje era aún peor, porque ellos estaban anunciando “en Jesús la resurrección de entre los muertos” (Hechos 4: 2), un punto que enojaba a los saduceos en particular, porque ellos insistían en que no había resurrección.

Debido a que era tarde, no se pudo hacer nada ese día. Pero en la mañana, después de una noche en prisión, Pedro declaró audazmente: “en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano” (Hechos 4: 10). Y entonces, basando sus observaciones en el Salmo 118: 22, Pedro los confrontó y los retó con este hecho: “Este Jesús es la piedra rechazada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo” (Hechos 4: 11).

La valentía de Pedro se vuelve obvia cuando recordamos que sólo unas pocas semanas antes de esto, las autoridades se habían enfurecido completamente con Jesús por usar este mismo versículo. Jesús les relató la parábola de los labradores malvados de la viña y luego la aplicó a ellos, citando el salmo que Pedro usó aquí. Los líderes religiosos “reconocían que habían estado con Jesús” (Hechos 4: 13). Las vidas de Pedro y Juan están claramente en peligro, sin embargo Pedro no está en ningún punto cercano a negar a su maestro por segunda vez. De hecho, cuando el sanedrín formalmente les prohibió que predicaran en el nombre de Jesús, Pedro y Juan respondieron: “Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios” (Hechos 4: 19, 20).

Sin duda, Pedro se había convertido en la *roca*. Pero con toda su prominencia, Pedro nunca operó de manera independiente o en el vacío. El resto de los apóstoles permanecieron en la escena. Después de que Pedro y Juan fueron liberados por las autoridades, la congregación se reunió para agradecer y para alabar a Dios por su ayuda contra estos gobernantes que se habían opuesto al Señor y a su Cristo. “Cuando terminaron de orar”, nos dice Lucas, “el lugar en que estaba congregados tembló; y *todos* fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban con valentía la palabra de Dios” (Hechos 4: 31). Entonces no sólo Pedro reflejaba una notable fortaleza y constancia bajo la guía del Espíritu Santo. También lo hicieron los otros apóstoles.

Lucas ahora se vuelve de los peligros externos y triunfos de la iglesia y va a su vida interior. Aquí también Pedro era prominente. Pronto se convirtió en costumbre poner dinero y propiedad a la disposición de la iglesia para uso en causas de caridad. Bernabé es mencionado como un ejemplo loable de esa caridad. Pronto vemos un ejemplo opuesto, sin embargo. El caso en cuestión es el engaño intentado por Ananías y Safira. Recuerde la penosa tarea que recayó en Pedro al anunciar su condena. Sin duda este incidente sirvió para aumentar la estatura de Pedro. Lucas añade: “Y sobrevino gran temor sobre toda la iglesia y sobre todos los que oyeron estas cosas” (Hechos 5: 11).

Hubo otra actividad en la cual los apóstoles en general, y Pedro en particular, figuraron de manera prominente. A ellos se les había dado poder para realizar sanidades y exorcismos. Hechos capítulo 5 informa: “Por la mano de los apóstoles se hacían muchas señales y

prodigios en el pueblo. Estaban todos unánimes en el pórtico de Salomón (versículo 12).

Dos cosas pueden ser observadas de manera casual. Primero, note la relación continua de los apóstoles con el templo y con el pórtico de Salomón. Segundo, note que todos los apóstoles realizaron señales y maravillas, pero también aquí Pedro se distinguió entre los otros. Esto es obvio por la afirmación de Lucas: “tanto que sacaban los enfermos a las calles y los ponían en camas y camillas para que, al pasar Pedro, a lo menos su sombra cayera sobre alguno de ellos” (Hechos 5: 15).

De manera comprensible nosotros nos sentimos un poco intranquilos con tan irrestricta adoración hacia los milagrosos, particularmente cuando vemos cómo la iglesia más tarde usó reliquias y poderes de santos. Pero un mal uso como ese no niega el hecho de que Dios estaba usando a Pedro y a los otros apóstoles para establecer su iglesia, para frustración de sus enemigos. El tamaño de su frustración era evidente por el hecho de que ahora ellos habían arrestado y puesto en prisión a todos los Doce apóstoles. Ni tampoco sus frustraciones fueron aliviadas cuando en la mañana ellos descubrieron que los apóstoles no sólo habían escapado sino que, obedientes al mandato del ángel, estaban enseñando otra vez en el templo. Los líderes judíos estaban ahora reducidos a dirigirse a los apóstoles de manera mansa por miedo de la gente. Otra vez Pedro habla por todos ellos. Después de explicar sus actividades diciendo: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5: 29), Pedro le atribuye a los ancianos la ya para entonces familiar carga de haber matado a Jesús colgándolo de un madero. Este Jesús, él les recuerda, ha sido exaltado por Dios quien lo ha puesto a su mano derecha para ser su Príncipe y Salvador.

Los saduceos sin duda habrían matado a los apóstoles si Dios en su providencia no hubiera enviado ayuda de la fuente más inesperada – del mismo sanedrín. El fariseo Gamaliel les da el consejo de que si la enseñanza de los apóstoles es de los hombres, morirá por sí misma; pero si no, el sanedrín puede incluso estar haciéndose culpable de luchar contra Dios.

Mientras Gamaliel, un fariseo, seguramente no tenía la intención de ayudar a los cristianos, es muy probable que lo puede haber gratificado profundamente ver humillados a sus rivales saduceos. Como fuera, aunque se les había prohibido predicar, Pedro y sus colegas “todos los días, en el Templo y por las casas, incesantemente, enseñaban y predicaban a Jesucristo” (Hechos 5: 42).

En el siguiente relato de los Hechos, en la escogencia de siete diáconos para servir entre los judíos cristianos de habla griega, Pedro está visiblemente ausente. No es que Pedro estuviera ausente de Jerusalén ni que se opusiera al plan. Es solamente que él parece no haber tomado el mando. La Escritura dice: “Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos” (Hechos 6: 2) y los discípulos en asamblea en su momento ejercieron su derecho a llamar a los siete diáconos.

Sólo podemos especular por qué Lucas no menciona específicamente a Pedro aquí. Puede ser que Lucas esté indicando que estamos entrando en un período de transición, que el centro de la existencia de la iglesia ya no iba a ser Jerusalén. Él puede estar llevándonos más adelante al tiempo en el que la gente que hablaba griego finalmente iría a los no judíos, tomando la antorcha del trabajo de misión de los judíos cristianos en Jerusalén.

Que los judíos que hablaban griego eran un grupo vigoroso es obvio por el éxito del que gozó Esteban, al igual que por la hostilidad que él enfrentó. Su éxito finalmente terminaría no sólo en su propio martirio sino también en un brote más grande de persecución contra todo ese segmento griego de la iglesia judía. Lucas nos dice: “Y todos... fueron esparcidos por las tierras de Judea y Samaria”, todos, es decir, “salvo los apóstoles” (Hechos 8: 1) Aparentemente Pedro y compañía permanecieron en Jerusalén. Pronto se volvería claro que el fin de su era de liderazgo en la iglesia estaba aproximándose rápidamente.

No se nos dice con precisión a quién sirvieron los apóstoles en Jerusalén. Puede haber sido que los elementos de habla griega fueran llevados al exilio y que Pedro y los Once permanecieran allí para servir a la comunidad que hablaba hebreo. Lucas no nos lo dice. Él centra su atención más bien en los asuntos en Samaria.

Para resumir, a través de este período de temprana actividad en Jerusalén, Pedro tuvo el papel dominante que los evangelios visualizaron para él. De seguro, él no operó solo; él siempre trabajó en concierto con los otros apóstoles. Pero él fue su líder y su vocero – entre los creyentes, ante las multitudes de judíos que preguntaban y también frente a la hostilidad de los ancianos y las autoridades.

Samaria

El estallido de la persecución creó, en efecto, una nueva diáspora, esta vez de judíos cristianos que fueron a cualquier lugar a lo

largo de Judea y Samaria⁵. Sin duda estos entusiastas nuevos convertidos hicieron mucho para extender el evangelio, pero Lucas da especial interés a los esfuerzos evangelísticos del diácono Felipe. Felipe hizo un trabajo de gran alcance en la ciudad de Samaria. Lucas nos cuenta sobre su éxito: “La gente, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía” (Hechos 8: 6).

Aceptar a los samaritanos en la membresía era una importante coyuntura en la historia de la iglesia cristiana. Eso involucraba la pregunta de si la gente distinta a judíos de pura sangre era aceptable en el reino de Dios. Los samaritanos, como recordaremos, eran un pueblo de herencia mixta, formado por aquellos que recogieron los asirios después de la captura de Samaria y el remanente de los judíos que no fueron llevados en cautividad. Entonces los samaritanos fueron en parte judíos y en parte paganos, un pueblo con una tendencia sincrética. Ellos conservaron muchas de sus creencias paganas y meramente las cubrieron con una apariencia de judaísmo extraída de los cinco libros de Moisés. A través de su historia, los samaritanos fueron despreciados y odiados por los judíos ortodoxos. Era un antagonismo que todavía estaba muy vivo, como fue probado por la observación de la mujer samaritana a Jesús en la fuente de Jacob sólo unos pocos años antes (Juan 4: 9).

Ahora, bajo la predicación diligente de Felipe, los samaritanos estaban llegando a la fe y aceptando el bautismo. ¿Pero qué había que hacer con ellos? ¿Dónde encajaban ellos en la estructura de la iglesia? Los apóstoles de Jerusalén sin duda tenían algunas convicciones personales sobre este tema. La pregunta debía ser resuelta de manera pública y de una forma que no dejara nada sin claridad en relación con las políticas de la iglesia. Por lo tanto, la iglesia de Jerusalén envió a sus dos exponentes de liderazgo, Pedro y Juan, a orar por los samaritanos y a invocar por un signo claro del Espíritu Santo. Lucas reporta: “Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan; los cuales una vez llegados, oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo, pues aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo” (Hechos 8: 14 – 17).

De especial interés para nosotros, por supuesto, es el papel de Pedro. Por lo que sabemos, Pedro no había tomado ninguna iniciativa en promover el trabajo samaritano, y su papel como representante de la iglesia de Jerusalén era simplemente el de certificar el trabajo de

Felipe. Pero incluso este papel da testimonio de la estatura continua de Pedro. El Señor escogió el ministerio a través del cual otorgaría el don del Espíritu Santo en los samaritanos. Este derramamiento del Espíritu Santo, conmemorativo de lo que le sucedió a una gran audiencia judía en Jerusalén en Pentecostés, mostró, mucho más allá de cualquier sombra de duda, que los samaritanos también eran bienvenidos en la iglesia cristiana. No debía haber dos iglesias, una iglesia judía en Jerusalén, y otra iglesia medio judía en Samaria. No. Debía haber una iglesia ministrada por un Espíritu y por el mismo Espíritu. Pedro, como líder de la iglesia de Jerusalén, estaba en una posición única para dejar clara esta verdad.

La secuela de este final feliz es el relato de Simón el Mago, pero es difícil saber si ese episodio terminó felizmente o no. Simón estaba desmesuradamente impresionado con lo que él supuso que era la habilidad personal de Pedro de otorgar el Espíritu, y trató de comprar esa habilidad con dinero. Pedro tuvo que reprenderlo de manera severa: “Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero. No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios” A pesar de esta severa reprobación, Pedro continuó con palabras que contienen al menos un leve rayo de esperanza cuando dice: “Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón” (Hechos 8: 20 - 22). Tal vez la esperanza de Pedro fue cumplida. La escritura no lo dice. La tradición y los libros apócrifos, sin embargo, consistentemente tildan a Simón como el peor de los bribones que se mantuvo como el más empedernido adversario de Pedro hasta el fin. Pero tendremos la oportunidad de mirar a la literatura apócrifa que está relacionada con Pedro en la tradición, en nuestro capítulo final.

Alcanzados por Pedro

Pedro probablemente volvió a Jerusalén y estuvo allí por lo que duró la persecución. Es en este punto que Lucas nos habla de la conversión de Saulo y del efecto benéfico que tuvo en toda la iglesia: “Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo” (Hechos 9: 31).

Como resultado de esto, el papel de los apóstoles parece haber cambiado. Los apóstoles y Pedro pueden ahora haber dejado Jerusalén,

confiando la guía de la iglesia a Jacobo, el hermano de nuestro Señor. La base para esto está en la curiosa expresión de Hechos 9: 32, donde la actividad de Pedro es descrita literalmente como “visitando a todos”. La NVI (*Nueva Versión Internacional*) la traduce como “Pedro, que estaba recorriendo toda la región, fue también a visitar a los santos que vivían en Lida”.

Este registro de los viajes de Pedro llama atención en sí misma porque, hasta este punto, Lucas consistentemente ha dado importancia a la solidaridad y a la unidad del grupo apostólico. Nunca antes hemos visto a Pedro operando solo o sin la expresa dirección de los otros apóstoles. Aquí, sin embargo, él está viajando claramente solo, visitando cristianos y haciendo trabajo de evangelismo en un viaje que lo lleva a Lida, luego a Jope, donde está enferma la pía Tabita, o Dorcas. Recuerde que Pedro llegó demasiado tarde para encontrarla viva.

En nuestra reseña del entrenamiento de Pedro, notamos que como uno del círculo interno de los discípulos de Cristo, a Pedro le había sido permitido ser testigo de la resurrección de la hija de Jairo. La resurrección de Tabita, que realizó Pedro, tiene sorprendentes semejanzas con ese milagro. Pedro también despachó a todos los dolientes. Después de orar, él se volvió al cuerpo y dijo: “¡Tabita, levántate!”, y cuando ella revivió, él la tomó por la mano y la presentó a los dolientes.

Este milagro le dio otras oportunidades para presentar el evangelio. “Pedro se quedó muchos días en Jope en casa de un cierto Simón, curtidor” (Hechos 9:43).

Algunos han considerado significativo el lugar de residencia de Pedro. El negocio de curtir era considerado impuro para un judío y que Pedro permaneciera con Simón, el curtidor, pudo ser una forma en la cual Dios preparó a Pedro para el siguiente paso, no sólo en su propia vida sino también en la vida de la iglesia. Ese paso, por supuesto, es la aceptación formal en la iglesia de gentiles que tenían parentesco por ambos padres.

De seguro, los gentiles estaban ya entre los convertidos al cristianismo. Felipe, como recordaremos, fue instruido por vía divina para encontrarse con un eunuco etíope en el camino a Gaza. Pero si su compatriota le hubiera preguntado al eunuco: “¿Son los gentiles también bienvenidos en la establecida iglesia cristiana?” el eunuco

bien podía no haber sido capaz de dar una respuesta definitiva. Otra vez fue Pedro, el preeminente apóstol de los circuncisos, quien fue llamado por el Señor para establecer el hecho de que no debía haber dos iglesias, una para los judíos y la otra para los gentiles. En cambio, debía haber una iglesia cristiana y los gentiles también eran bienvenidos en ella.

La citación para proceder con este trascendental paso vino a Pedro en Jope, donde él tuvo una visión de un gran lienzo que bajaba del cielo, lleno de toda clase de animales, puros e impuros. Tres veces a Pedro se le ordenó: “Levántate, Pedro, mata y come” (Hechos 10: 13) Cuando Pedro protestó, el Señor no admitió el alegato y dijo con ruda autoridad: “Lo que Dios limpió, no lo llames tú común” (versículo 15).

Aunque al principio el gran significado de esto se le escapó a Pedro, pronto se dio cuenta de lo que era. Cuando Pedro estaba pensando en el significado de la visión, tres hombres de Cornelio que era un centurión romano, llegaron con la muy irregular solicitud de que Pedro fuera a visitar a Cornelio en su casa. A diferencia de los samaritanos, quienes podían reclamar al menos alguna sangre judía, Cornelio era un gentil por el lado tanto de madre como de padre. Acompañado por hermanos de indudable integridad, Pedro aceptó la invitación y entró a la casa de Cornelio. Allí él predicó acerca de Dios, quien no considera la nacionalidad de una persona, sino que en cada nación tiene personas que le temen y que aceptan a su Cristo.

Cuando Pedro estaba a punto de explicar cómo este Cristo resucitado había comisionado a los apóstoles como sus testigos para ir a todo el mundo, fue interrumpido. Lucas nos dice: “Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso” (Hechos 10: 44). Para el absoluto asombro de los judíos cristianos que acompañaron a Pedro, los gentiles presentes hablaron en lenguas y alabaron a Dios.

Pedro, quien nunca vaciló cuando se requería acción, preguntó a sus compañeros: “¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros?” (Hechos 10: 47). Entonces procedió a bautizar a estos gentiles en el acto.

La sabiduría de llevar testigos pronto se probó a sí misma. Hubo rumores inmediatos en Jerusalén entre los creyentes circuncisos que supieron que Pedro había ido al hogar de un gentil. Entonces Pedro y los judíos que lo habían acompañado repasaron en detalle los eventos que habían llevado al derramamiento del Espíritu Santo sobre Cornelio y su familia y el visible derramamiento de dones espirituales

que lo había acompañado. Esa evidencia no permitió sino una conclusión. Con una mezcla entre sorpresa y admiración, por la gracia de Dios, los cristianos de Jerusalén sólo pudieron exclamar: “¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!” (Hechos 11: 18).

Este fue un concepto importante para que la iglesia aprendiera, un acontecimiento en el curso de su historia, y otra vez, Pedro tuvo el privilegio de jugar el papel clave. Fueron su persona y su ministerio los que Dios usó para fusionar, a este nuevo elemento gentil y a los judíos creyentes existentes, en una iglesia cristiana unida.

Existen, entonces, tres picos, o puntos importantes, en el período del liderazgo de Pedro de la iglesia. Primero, está el papel que a Pedro se le permitió tener en la fundación de la congregación *judía* en Jerusalén en el Pentecostés. Segundo, está su papel en establecer el importante principio de que los samaritanos, quienes por una generosa estimación podían ser llamados *medio judíos*, pudieron tener un lugar en la iglesia. Y, finalmente, a Pedro se le permitió demostrar que incluso los *gentiles* con sangre gentil por parte tanto de padre como de madre podían ser aceptados en la iglesia cristiana. Sin duda, Pedro se había distinguido como una roca y, bajo la guía de Dios, le había sido permitido fundar y establecer una iglesia que estaba ahora lista para llegar a los confines del mundo.

Sin embargo, en esa expansión de dimensión mundial, Pedro contribuiría, pero no tomaría el mando. Pedro aparecería unas pocas veces más, y, por supuesto, él escribiría dos epístolas, pero para todos los propósitos prácticos Pedro desaparecería de las páginas de la Escritura.

Preguntas de estudio

1. ¿Cuál fue el primer acto de liderazgo de Pedro en los días que siguieron a la Ascensión de Jesús?
2. ¿Cuál fue el papel de Pedro en el Pentecostés? Si hay tiempo, lea parte del sermón de Pedro o léalo todo. ¿Cuál era el centro de su mensaje?
3. Nombre algunas ocasiones en las que Pedro se mostró como una roca.
4. Una de las marcas de un apóstol era la habilidad de realizar milagros. ¿Cómo se destacó Pedro en su habilidad de realizar milagros?
5. De acuerdo o en desacuerdo: Ya que Pedro era el líder de la iglesia, él a menudo actuó de manera independiente de los otros apóstoles.
6. ¿Qué hizo Pedro cuando llegó a Samaria para inspeccionar el trabajo de Felipe? ¿Cómo usó el Señor la posición de Pedro como el líder de la iglesia en esa ocasión?
7. Organice los siguientes hechos en orden cronológico, y comente sobre un cambio en la vida de la iglesia de Jerusalén que tiene lugar cuando estos sucesos progresan:
 - Pedro visita Samaria
 - Saulo se convierte en creyente
 - Pedro comienza a viajar por su cuenta
 - Se emprende una persecución contra la iglesia
 - La persecución termina y la iglesia disfruta de paz
8. ¿Cómo pudo haber sido la permanencia de Pedro en el hogar de Simón, el curtidor, la forma en que Dios lo preparó para su próxima tarea en el hogar de Cornelio?
9. ¿Por qué el evento en el hogar de Cornelio fue tan significativo para la iglesia como un todo? ¿Para el trabajo misionero de San Pablo?
10. El Señor usó el tiempo de liderazgo de Pedro para establecer tres áreas principales de ministerio. Resuma el período de liderazgo de Pedro describiendo lo que él hizo en las siguientes ubicaciones:
 - Jerusalén
 - Samaria
 - Cesarea

Parte tres

El período del declive de la prominencia Sección uno

Estableciendo algunas fechas en la vida de Pedro

Los dos capítulos anteriores han tratado dos períodos muy distintos y separados en la vida de Pedro: Su entrenamiento bajo la guía de Cristo y su liderazgo de la iglesia primitiva. En relación con su liderazgo, Pedro tuvo el privilegio de ser el común denominador que fusionó a los judíos, los samaritanos (mitad judíos), y los gentiles con sangre gentil por ambos lados del parentesco, en una iglesia homogénea bajo Cristo y su evangelio.

Pero como ya hemos dicho, la prominencia de Pedro empezó a disminuir, y Jacobo, el hermano de nuestro Señor, se convirtió en el líder de la iglesia en Jerusalén. Aunque Pedro sí hace unas pocas apariciones aquí y allá, ahora entramos en un período desconcertante en el cual no tenemos información, ni siquiera ninguna pista sólida, de *dónde* está trabajando Pedro. Cuando él aparece, por ejemplo, en la asamblea de Jerusalén (Hechos 15) y Antioquía (Gálatas 2: 11), no tenemos indicación de que él esté viviendo allá, ni se nos da una pista ni de dónde viene ni a dónde va.

En vista de las incertidumbres que enfrentaremos cuando exploremos este período de la vida de Pedro, nos ayudará tener un marco cronológico sobre el cual ubicar las referencias dispersas de nuestro apóstol. Podemos establecer este marco al entrar en la vida de San Pablo. En este punto de la historia de la iglesia, tenemos más información sobre la vida de Pablo, y algunos de los eventos posteriores en la vida de Pedro pueden ser insertados en la cronología de Pablo.

Ya nos hemos referido al papel de Pedro en Samaria y cómo Dios lo usó para llevar el evangelio a Cornelio, ambos eventos importantes en el entendimiento de la iglesia de su papel hacia los no judíos. Al mismo tiempo que esos eventos estaban teniendo lugar, Dios estaba preparando a San Pablo para liderar a la iglesia en sus esfuerzos para alcanzar a los gentiles. Se puede decir que aunque Pedro y Pablo no estaban trabajando juntos físicamente, Dios estaba trabajando simultáneamente a ambos para un propósito único: la expansión del evangelio entre los gentiles.

Nos estamos moviendo sobre la suposición de que la forma en que Lucas ordenó el material en Hechos es esencialmente cronológica y no tópica. En el último capítulo, dejamos a Pedro en Jerusalén, donde él explicó a la iglesia cómo Dios había traído a Cornelio a la fe y le había dado el don del Espíritu Santo. Esto es registrado en Hechos capítulos 10 y 11.

Si volvemos a Hechos capítulo 7, leemos la historia del sermón de Esteban y su martirio. Indirectamente este es el comienzo de la historia de Pablo. Pablo tomó parte en la muerte de Esteban y pronto empezó a perseguir a la iglesia. Él comenzó en Jerusalén e hizo su trabajo tan bien que “la iglesia que estaba en Jerusalén, y todos, salvo los apóstoles, fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria” (Hechos 8: 1). No tenemos indicación de cuán larga fue la persecución, pero debió haber continuado por lo menos unos meses. Esto pudo haber permitido la gran conversión de los samaritanos por parte de Felipe, lo cual Lucas registra a continuación (Hechos 8), y que Saulo completara su persecución en Jerusalén para que pudiera volver su atención a “ciudades extranjeras” (Hechos 26: 11), que se extendían incluso hasta Damasco.

Pedro es visitado por Pablo en Jerusalén

En Hechos capítulo 9, leemos acerca de la conversión de Pablo y de su ministerio inicial en Damasco. El ministerio de San Pablo en

Damascos nos da una fecha importante y nos permite clasificar la cronología de los años de declive de Pedro. Antes de continuar, note que poner juntas estas fechas significa poner juntas pistas de Hechos y de otros libros del Nuevo Testamento. Además de ayudarnos a entender la vida de Pedro, la discusión que sigue le dará al lector una idea de la clase de análisis que hay que hacer para unir la historia de este período en general.

Tanto Hechos, como 2 de Corintios nos informan que el ministerio de Pablo en Damasco llegó a su fin por la hostilidad de los vecinos de la ciudad. Para escapar de la muerte, Pablo fue encubierto bajo la muralla de la ciudad en una canasta (Hechos 9: 23 – 25; 2 Corintios 11: 33). En 2 de Corintios, Pablo nos da la información adicional de que el Rey Aretas tenía el control de la ciudad de Damasco en este tiempo. Por fuentes seculares parece que Aretas no tomó Damasco antes de la muerte del emperador romano Tiberio (37 d.C.), porque Tiberio tenía un ejército en el campo contra Aretas. Después de que este ejército se desbandó bajo la muerte de Tiberio, se dice que Aretas tomó el control de Damasco.

Entonces, la fuga de Pablo de Damasco no sucedió antes del año 37 d.C. Puede haber tenido lugar cerca de ese tiempo o un poco más adelante. La huida de Pablo tiene una relación con la vida de Pedro porque tanto Hechos como Gálatas nos informan que después de que él dejó Damasco, Pablo vino a Jerusalén.

Lucas es más general, él no incluye ninguna referencia de tiempo. Él simplemente nos dice que Pablo enseñó en Damasco después de su conversión, que escapó de la ciudad bajo la persecución, y que trató de unirse a los discípulos. Lucas nos dice que todos los apóstoles tenían miedo de él y que no creían que fuera un discípulo. Se necesitó del esfuerzo especial de uno de los discípulos, Bernabé, para preparar el camino para que Pablo conociera a los apóstoles (Hechos 9: 27).

En Gálatas 1: 18, sin embargo, el mismo Pablo es un poco más específico: “Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para ver a Pedro y permanecí con él quince días”. Parecería que esos tres años tuvieran como base su conversión, la cual ubicaríamos en el año 34 d.C. (el tiempo entre su conversión y el viaje a Jerusalén incluyó una permanencia inicial en Damasco, un viaje a Arabia y una segunda permanencia en Damasco [Gálatas 1: 15 – 18]). Pablo dice: “Pero no vi a ningún otro de los apóstoles sino a Jacobo el hermano del Señor” (Gálatas 1: 19). Hay una cantidad de dificultades exegéticas que tienen que ver con este pasaje, pero el punto principal para nuestro estudio cronológico está claro. Cerca del año 37 d.C., o poco después, Pablo conoció a Pedro en Jerusalén.

El punto principal que Pablo está estableciendo en la sección inicial de su epístola a los Gálatas es que él no recibió su evangelio de los hombres, especialmente no de los Doce. Él tuvo que aclarar este hecho porque algunos falsos hermanos en la iglesia de Galacia estaban desafiando su enseñanza y su apostolado, insinuando que él había aprendido su doctrina directamente de Pedro y que la había obtenido de manera equivocada. Para defender que su enseñanza y su apostolado venían directamente del Señor resucitado, Pablo dice que él no había subido a Jerusalén hasta que habían transcurrido tres años después de su conversión. Cuando fue a Jerusalén él permaneció sólo 15 días (un tiempo demasiado corto para que ellos le enseñaran), y además, de los Doce originales, él vio sólo a Pedro. Parece verosímil que la razón por la cual él había visto sólo a Pedro era que los otros once, con el cese de la persecución, habían dejado Jerusalén y salido al mundo, como hizo Pedro poco después de su reunión con Pablo.

Sería conveniente simplemente dejar nuestro análisis descansar en este punto, pero alguien puede objetar: “¿No dice Lucas que Bernabé presentó a Pablo a los *apóstoles* en Jerusalén?” (Ver Hechos 9: 27).

Sin duda lo hizo. Pero, ¿a quién se quiere designar como los *apóstoles* en Hechos 9 27? En Gálatas 1: 19 Pablo dice: “Pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo el hermano del Señor”. El problema se centra en Jacobo. ¿Es este Jacobo uno de los Doce, tal vez Jacobo el hijo de Alfeo, o es uno de los hermanos de nuestro Señor mencionados en Marcos 6: 3, por ejemplo, por el pueblo de Nazaret? Allí ellos hacen una lista de los hermanos de Jesús: Jacobo, José, Judas y Simón.

Aunque puede ser posible entender que Jacobo el hijo de Alfeo y Jacobo, uno de los hermanos de Jesús, fueran una y la misma persona, esa teoría requiere suposiciones más grandes, y pareciera que es inverosímil. Parece más fácil pensar que este Jacobo es uno de los hermanos de Jesús. Juan nos dice que al principio sus hermanos no creían en él (Juan 7: 5) pero más tarde fueron ganados para la causa (Hechos 1: 14).

Pero si Jacobo no es uno de los Doce, ¿puede él ser llamado un apóstol? En la Escritura parece haber un uso más amplio para el término, como es indicado por el hecho de que Bernabé es llamado un apóstol (Hechos 14: 4, 14), como es Silvano (1 Tesalonicenses 2: 6). Incluso Andrónico y Junias ostentan ese título en Romanos 16: 7. Si Jacobo, el hermano de nuestro Señor, fue el líder de la iglesia de Jerusalén, él no parecería tener menos derecho para ostentar el término *apóstol*.

Entonces, lo que Pablo estaría diciendo es que en Jerusalén él no vio a ninguno de quien él pudiera haber obtenido su mensaje, excepto tal vez estos dos apóstoles, pero aún así, su visita duró sólo 15 días – y tres años después de su llamado.

En Hechos capítulo 9, Lucas no entra en todas las complejidades que a Pablo le parece necesario escribir a los Gálatas. Él no siente la necesidad de especificar quiénes fueron los apóstoles en Jerusalén. Los relatos de Hechos y Gálatas armonizan, sin embargo, si los apóstoles (en el sentido amplio del término), a quienes Bernabé presentó a Pablo, fueron Pedro y Jacobo, el hermano de nuestro Señor.

Lucas, de otra parte, coherente con el propósito de su evangelio, nos da información que Pablo omite en Gálatas. En su registro del discurso de Pablo en Jerusalén muchos años más tarde, se nos dice por qué Pablo tuvo que dejar Jerusalén tan rápido. Allí había surgido una amarga oposición a la predicación de Pablo. El Señor le advirtió: “Date prisa y sal prontamente de Jerusalén, porque no recibirán tu testimonio acerca de mí” (Hechos 22: 18). De ahí que, en Hechos capítulo 9, Lucas nos informa que los hermanos trajeron a Pablo a Cesarea y lo enviaron camino a casa a Tarso.

En este punto Lucas dice: “Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo” (Hechos 9: 31).

Entonces, Pedro y Jacobo, están en Jerusalén cuando Saulo es enviado a Tarso, aproximadamente en el año 37 d.C. En este punto Pedro ahora también había salido, porque Lucas dice: “Aconteció que Pedro, visitando a todos, vino también a los santos que habitaban en Lida” (Hechos 9: 32). Ahora ocurren los eventos de la vida de Pedro lejos de Jerusalén los cuales ya hemos cubierto: en Lida y Jope y en Cesarea y en la casa de Cornelio. Asumimos que Jacobo, mientras tanto, está a cargo en Jerusalén. De nuevo, todo esto sucedió alrededor del año 37 d.C., una fecha firme que obtenemos al relacionar estos eventos con un poco de información de la vida de Pablo, es decir, que su huída de Damasco tuvo lugar cuando Aretas tenía el control de la ciudad.

El milagroso escape de la prisión de Pedro

Si los eventos de Hechos capítulos 9 y 10 (la visita de Pablo a Jerusalén y la visita de Pedro a Cesarea) tuvieron lugar alrededor del año 37 d.C., después no sabemos nada acerca de Pedro de nuevo por

seis o siete años. Llegamos a esa cifra con la ayuda de otra fecha en firme de la historia secular que podemos ligar a la vida de Pedro: La muerte de Herodes Agripa en la primavera del año 44 d.C. Nos volvemos al relato del escape de Pedro de la prisión, que se encuentra en Hechos capítulo 12.

Josefo dice que fue la política de Herodes conciliar con el partido fariseo. Eso explicaría por qué él podría tener una causa común con ellos contra los cristianos. Lucas nos dice lo que él hizo: “En aquel mismo tiempo, el rey Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarlos. Mató a espada a Jacobo, hermano de Juan” (Hechos 12: 1, 2).

Cuando Herodes vio el efecto de este asesinato político, él se animó a expandir sus esfuerzos (recuerde que Pedro volvió a Jerusalén después de su viaje a Lida, Jope, y a la casa de Cornelio). Lucas reporta: “y al ver que esto había agradado a los judíos, procedió a prender también a Pedro” (Hechos 12: 3).

Obtenemos una indicación de la estatura continua de Pedro cuando vemos que Herodes lo creyó digno de la máxima seguridad, asignándole una guardia que estaba integrada por cuatro cuaternios (un total de 16 hombres). Pero incluso eso fue desastrosamente inadecuado contra el ángel del Señor que sacudió las esposas de Pedro y lo llevó afuera, a la calle. Cuando Pedro se dio cuenta de que no estaba soñando, rápidamente corrió a la casa de María, la madre de Juan Marcos. Allí la congregación estaba reunida para orar, segura de que Pedro había sido marcado por la muerte, como lo había sido Jacobo. Ellos estaban tan seguros de que Pedro estaba muerto que la niña sirvienta, Rode, tuvo problemas para convencerlos de que Pedro estaba en la puerta. Cuando Pedro finalmente entró, él explicó lo que le había ocurrido. Entonces él concluye con estas interesantes instrucciones: “Haced saber esto a Jacobo y a los hermanos” (Hechos 12: 17), a lo cual Lucas añade: “Luego salió y se fue a otro lugar”.

Tres cosas en el relato son dignas de notar. Lo primero es la conexión de Pedro con el hogar de Juan Marcos. No sabemos exactamente cuál fue el punto de relación, pero la casa de María fue el lugar natural donde que Pedro fue después de su milagrosa liberación. ¿Se reunía normalmente la iglesia en esa casa? ¿Tal vez el mismo Pedro se quedaba allí cuando estaba en Jerusalén? ¿Había ya en este tiempo alguna clase de relación de trabajo entre Pedro y Juan Marcos (Marcos)? Las respuestas nos son esquivas, pero esto encaja con el hecho de que cuando Pedro escribió su primera epístola, Marcos estaba con Pedro y añadió sus propios saludos (1 Pedro 5: 13). Esto también nos prepara para lo que asevera la tradición, es decir, que Marcos

acompañó a Pedro más tarde en la vida y que el segundo evangelio, el evangelio de Marcos, refleja la predicación de Pedro.

La segunda cosa que nos sacude en el relato de Lucas son las instrucciones de Pedro de informar a Jacobo de su escape. Como se indicó antes, Jacobo parecía ser el líder de la iglesia de Jerusalén en este tiempo. Por lo tanto sería perfectamente normal que Pedro pidiera que su reporte fuera transmitido a la cabeza de la iglesia.

Tercero, está la observación atormentadora de que Pedro entonces “salió y se fue para otro lugar”. No recibimos indicación de cuál puede haber sido ese lugar. Que no fue en la jurisdicción de Herodes parece obvio. Que fuera completamente fuera de Palestina es altamente posible, pero no tenemos indicación de dónde fue.

La tradición, por supuesto, ha estado muy ocupada asignándole a varias áreas. Una tradición lo pone en Antioquía, convirtiéndolo en el primer obispo allí. Que él estuviera en Antioquía en un punto de su vida es verdad, como nos lo dicen los Gálatas. Que él sirvió como obispo allí es totalmente infundado.

Otra tradición lo envía a Asia Menor, pero es altamente improbable que él pudiera estar trabajando allí en una fecha tan temprana (es decir, en los medianos 40, antes de que Pablo empezara su trabajo misionero allí. Además, a la primera carta de Pedro, la cual está dirigida a las congregaciones de Asia Menor le faltan saludos personales, como vemos actualmente).

Hay una tradición, volviendo a Dionisio, obispo de Corinto, de que Pedro y Pablo juntamente fundaron la congregación en Corinto. Apoyo para esta idea se encuentra en el hecho de que Pablo habló de un partido en Corinto que era fiel a Cefas (1 Corintios 1: 12).

La suposición más grande, por supuesto, es la noción persistente, cuidadosamente alimentada por la tradición católica, de que en este tiempo Pedro fue a Roma y empezó un ministerio de 25 años como obispo de esa ciudad. Nos referiremos a eso en el capítulo final de nuestra serie, “Pedro en la Tradición”. Pedro puede eventualmente haber ido a Roma, pero con seguridad no fue en ese tiempo. La única cosa segura para decir es que cuando Pedro salió de Jerusalén aproximadamente en el año 44 d.C., no sabemos a dónde fue.

La visita de la hambruna

Lucas nos dice que Pablo y Bernabé fueron nombrados por la iglesia de Antioquía para llevar un regalo a Jerusalén debido a la hambruna allá. El punto de conexión que tiene esta visita con la carrera de Pedro es un argumento del silencio, pero tal vez es digno de atención que no hay mención de la colecta que fue repartida a los apóstoles en Jerusalén. Lucas habla más bien de que la iglesia de Antioquía: “lo cual en efecto hicieron, enviándolo a los ancianos por mano de Bernabé y de Saulo” (Hechos 11:30). Aparentemente Pedro y los otros apóstoles no estaban en Jerusalén en el tiempo de la hambruna.

Si seguimos este argumento y podemos determinar la fecha de la hambruna, podemos decir que Pedro no estaba en Jerusalén en ese tiempo. Lucas nos dice que la hambruna sucedió en los días de Claudio, quien gobernó entre los años 41 y 54 d.C. De los registros del historiador judío Josefo, puede ser calculable que la hambruna debió haber ocurrido en el año 46 ó 47 pero no más tarde del 48, porque él habla de una cierta Helena que envió regalos a los que sufrían la hambruna en Jerusalén en más o menos el mismo tiempo. Podemos concluir entonces que Pedro no estuvo en Jerusalén por algún tiempo a fines de los años 40⁶.

La asamblea en Jerusalén

Pedro estuvo otra vez en Jerusalén posiblemente en el cambio de década, aproximadamente en el año 50. Sabemos esto debido a su papel en la asamblea de Jerusalén, la cual tuvo lugar aproximadamente en ese tiempo.

La asamblea de Jerusalén fue entre el primer y el segundo viaje misionero de Pablo. La fecha de la asamblea depende de otra fecha de la historia de Pablo, esta vez de su primer viaje misionero. Pablo y Bernabé habían conocido al procónsul romano de la isla de Chipre, Sergio Paulo, en su primer viaje misionero. No hay referencia definida en la historia secular que dé la fecha de la administración de Sergio Paulo, pero la administración de su sucesor puede ser fechada en los años 51 a 52. Por lo tanto Sergio Paulo y el primer viaje misionero debieron ser en el año 50 o antes, ajustando nuestra fecha para la asamblea de Jerusalén⁷.

La asamblea fue convocada porque ciertos hombres, a quienes llamamos judaizantes, habían venido de Judea a Antioquía, insistiendo en que los gentiles debían ser circuncidados de acuerdo con la ley de Moisés. En juego estaba la nueva libertad en Cristo de los gentiles cristianos. Para resolver la dificultad, la iglesia de Antioquía apeló a

Jerusalén, y fue allí que el asunto fue discutido a fondo. El peso del testimonio de Pedro en esa ocasión, recordando a la iglesia su experiencia con Cornelio, fue invaluable para preservar la libertad de los gentiles.

Una vez más, Gálatas capítulo 2 y Hechos capítulo 15, se complementan uno al otro. Pablo en Gálatas añade los siguientes detalles: el apóstol Juan también estaba presente; la circuncisión, o, más bien, la no circuncisión, de Tito se convirtió en algo así como un caso de prueba; y hubo también una reunión privada además de la sesión pública.

En otras características los dos relatos corresponden exactamente. Hechos registra a los hablantes y lo que dijeron: Pedro habló de manera elocuente de no tentar a Dios poniendo en los cuellos de los discípulos gentiles una carga que ni ellos (los judíos cristianos de ese tiempo) ni sus padres habían sido capaces de llevar (Hechos 15: 10). Y Jacobo, aparentemente el que presidía la reunión, entendió la opinión del cuerpo e ideó la moción de no poner la carga de observancia ceremonial sobre los gentiles, sino meramente pedir su consideración en los asuntos de ofrendas ofrecidas a los ídolos, sangre, cosas estranguladas y fornicación.

En ambos relatos hay una clara afirmación del evangelio-libre –de-la-ley de Pablo. En Gálatas hay una nota adicional de que Jacobo, Pedro y Juan le dieron a Pablo la mano derecha de la hermandad y estuvieron de acuerdo en una división del trabajo. Ellos evangelizarían entre los circuncisos. Pablo iría a los gentiles⁸.

De hecho, puede ser providencial que la Escritura nos dé una imagen de que Pedro fue desapareciendo progresivamente del liderazgo y de que le fue dado un papel de servicio silencioso y discreto en esquinas oscuras de la iglesia. Gálatas nos da importantes indicios de este hecho.

Ya hemos planteado el asunto de la supuesta primacía de Pedro (su supuesto papel como el primero de una línea de hombres que serían líderes de la iglesia – los Papas romanos). Note que Gálatas no da absolutamente ninguna pista de la primacía de Pedro. El trabajo de evangelismo y por lo tanto de responsabilidad por la iglesia estaba dividido entre Pedro y Pablo. Esta no era una división absoluta, con seguridad, sino un entendimiento general. Pablo se hubiera ofendido profundamente si Pedro hubiera asumido que la totalidad de la iglesia era su responsabilidad, de la cual él estaba meramente delegando una porción a Pablo. Dios había establecido los parámetros para el trabajo de Pablo. Todo su argumento en la primera parte de la epístola a los Gálatas es que su mensaje y su llamado no fueron provenientes de

ningún hombre, ni siquiera de “los que eran apóstoles antes que yo [Pablo]” (1: 17). Y el hecho fue formalmente reconocido por la iglesia en asamblea y por el apretón de manos dado por los tres pilares: Jacobo, Pedro y Juan. Como en los días de la Reforma, también hoy en día, aquellos que deseen adherirse a la primacía de Pedro pueden hacerlo sólo descartando Gálatas. Gálatas y la Escritura en general no dan ni la más mínima pista de que Pedro debía conservar una posición de liderazgo ni de que debía pasarla en una sucesión continua.

La última noticia formal que tenemos de Pedro, registrada en Gálatas capítulo 2, no le da ningún crédito. Me refiero, por supuesto, a la repreensión que él tuvo que aguantar a manos de Pablo en Antioquía.

No tenemos forma de saber cuánto tiempo después de la asamblea de Jerusalén tuvieron lugar las acciones desacertadas de Pedro. No es probable que después de la asamblea Pedro simplemente retornara a Antioquía, como si hubiera venido de allá. A juzgar por el discurso enérgico de Pedro en Jerusalén, es probable que la asamblea de Jerusalén no hubiera sido necesaria si él hubiera estado viviendo en Antioquía en ese tiempo. Si él hubiera estado presente en Antioquía previamente, él hubiera apoyado la posición de Pablo allá y el asunto hubiera sido resuelto. Como es característico de este período en la vida de Pedro, no sabemos de dónde vino éste a hacer su aparición en Jerusalén ni a dónde fue después.

Pero él aparece en Antioquía. Mientras estaba visitando la congregación allá, Pedro, el apóstol de los circuncisos, no mostró remordimiento por fraternizar con los gentiles e incluso comer con ellos. Pero todo esto tomó un rumbo diferente cuando “llegaron algunos de parte de Jacobo” (Gálatas 2:12). No sabemos si Pedro cambió su actitud, la cual describiremos más abajo, súbitamente o gradualmente. Tampoco sabemos mucho acerca de esos hombres de Jacobo. Es completamente posible, incluso probable, que Jacobo no enviara a esos hombres. Es simplemente que Jacobo se había convertido en sinónimo de Jerusalén y estos hombres representaban un elemento en Jerusalén el cual no estaba totalmente satisfecho por la asamblea de Jerusalén.

De todos modos, oficial o no, su visita resultó desastrosa para las convicciones de Pedro con respecto a la libertad de los gentiles. Pedro “se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión”. El ejemplo de Pedro no permaneció inadvertido, y pronto “en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que Bernabé fue también

arrastrado por la hipocresía de ellos” (Gálatas 2: 12, 13). Fue entonces que “lo reprendí (Pablo) cara a cara, porque era de condenar” (Gálatas 2: 11).

No tenemos ninguna razón para pensar que el arrepentimiento de Pedro no fue inmediato ni genuino. Ni hay ninguna indicación de que hubo alguna señal de mala voluntad entre Pedro y Pablo. Asumiríamos que el corregido apóstol Pedro continuó su trabajo entre los miembros de la población judía.

Aparentemente el incidente de Antioquía no hizo un daño irreparable a la causa del evangelio, pero ciertamente fue un punto bajo con el cual finalizar el material biográfico que la Escritura nos da de la última parte del ministerio de Pedro. Cualquiera que pretenda ver en este apóstol a alguien que llegaría a convertirse en Papa debería apoyarse fuertemente en la tradición, porque la Escritura con seguridad deja muy claro que en este período Pedro no estaba atravesando por su “cuarto de hora”, para tomar prestado un término del lenguaje coloquial.

Existen en la Escritura otros dos documentos que sirven indirectamente para darnos un poco más de información sobre el cierre del ministerio de Pedro. Estos documentos son sus dos epístolas generales (tal vez se puede argumentar que el evangelio de Marcos también debería ser incluido aquí, porque existe la temprana y consistente tradición de que el evangelio de Marcos refleja la predicación de Pedro. Hablaremos más de esto más adelante).

La primera epístola de Pedro

La primera epístola de Pedro fue escrita para dar ánimo e instrucción práctica. Es decir, no tenía la intención de darnos información acerca del autor sino que más bien tiene como objetivo fortalecer al lector. Por lo tanto, no nos sorprenderá que el apóstol esté mucho en el trasfondo y que la epístola arroje poca luz nueva sobre su vida. Esto está en concordancia con todo el patrón de la Escritura en este tercer período de la vida de Pedro. Es de interés, sin embargo, examinar la epístola con el fin de ver si la imagen de su autor corresponde, en esencia, con la imagen de Pedro que hemos obtenido: de los evangelios, de Hechos, y de Gálatas.

Autoría

Muchos críticos ponen en tela de juicio el que Pedro hubiera escrito esta carta, no obstante la clara afirmación del principio: “Pedro,

apóstol de Jesucristo, a los expatriados de la dispersión en: el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia, y Bitinia” (1 Pedro 1: 1). Claramente Pedro se identifica a sí mismo como el autor. Esto es apoyado por una nota en 2 de Pedro: “Amados, esta es la segunda epístola que os escribo. En ambas despierto con exhortación vuestro limpio entendimiento” (3: 1).

Además, hay algunas referencias muy tempranas a la primera epístola de Pedro en los padres de la iglesia. De ellos, los siguientes aluden a ella: Clemente de Roma (aproximadamente en el año 100 d.C.), El Pastor de Hermas (año 140 d.C.), Ignacio (año 115 d.C.). Estas alusiones son refutadas por los críticos, pero Ireneo (año 200 d.C.) hace más que aludir a esta carta; él la menciona por nombre.

Sin embargo, en vista de las dudas de los críticos, puede ser útil traer evidencia interna de la epístola misma con respecto a su autoría. Ya hemos observado que el autor se llama a sí mismo Pedro. Nada en la epístola contradice eso. El autor da evidencia de estar íntimamente familiarizado con la vida y con la enseñanza de Jesús y de ser concienzudo en llevar a cabo los mandatos del maestro.

El discípulo que estaba específicamente instruido para alimentar a las ovejas y a los corderos, que estaban bajo su cuidado hace justamente eso en su carta. Él dice: “os he escrito brevemente, amonestándoos y testificando que esta es la verdadera gracia de Dios, en la cual estáis” (1 Pedro 5: 12). Que Pedro esté “fortaleciendo a sus hermanos” en el importante trabajo de ser pastores es claro también por el ánimo que él le da a los ancianos. Él les dice: “apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto” (1 Pedro 5: 2).

Usando el imaginario fuertemente rememorativo del aposento alto en el Jueves Santo, Pedro escribe: “Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros” (1 Pedro 5: 5). Estar ceñidos con humildad fue precisamente la lección que Jesús estaba enseñando cuando él se ceñió con una toalla para lavar los pies de los discípulos.

Pero tal vez la referencia más notable de los primeros días de entrenamiento y discipulado de Pedro son sus reminiscencias del sufrimiento y de la muerte de Cristo. El autor dice: “Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo, anciano también con ellos y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada” (1 Pedro 5: 1).

El propósito de la epístola es fortalecer a los cristianos contra la persecución inminente y el sufrimiento. Pedro no puede abstenerse de pintar una imagen vívida del Salvador Sufriente como lo recuerda, el cual ahora le sirve como modelo. Él dice a sus lectores:

Para esto fuisteis llamados, porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigáis sus pisadas. Él no cometió pecado ni se halló engaño en su boca. Cuando lo maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que encomendaba la causa al que juzga justamente. Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia, ¡Por su herida habéis sido sanados! (1 Pedro 2: 21 – 24).

Pedro puede no haber tenido un muy buen desempeño en el jardín del Getsemaní y en el patio del sumo sacerdote, pero con seguridad, allí él aprendió a conocer a su Salvador. Y para sus lectores él describe al Salvador con toda la calidez e intensidad que esperaríamos de un discípulo y un testigo visual de su sufrimiento.

No hay nada en la primera epístola que no sea precisamente el tipo de cosa que esperaríamos que escribiera Pedro.

Receptores

¿A quién escribió Pedro, y para el beneficio de quién describió él a su Salvador de manera tan vívida? El versículo inicial nos informa que la carta está siendo enviada a los “expatriados de la dispersión en: el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia, y Bitinia, elegidos según el previo conocimiento de Dios Padre en santificación del Espíritu” (1 Pedro 1: 1, 2).

Literalmente, en el griego, ellos son “personas que están lejos de su propio pueblo”. Por lo tanto, ellos son: refugiados, personas desplazadas, transeúntes, o peregrinos. Refugiados de una dispersión tal, puede sugerirnos que los receptores de la carta son judíos, y más porque Pedro es el apóstol de los judíos. Pero hay características en la carta que apoyan esto. En el versículo 14 del capítulo 1, Pedro apela a sus lectores: “Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia”. La caracterización de personas que habían vivido vidas lujuriosas, en ignorancia, parecería encajar con los gentiles mejor que con los judíos, quienes con seguridad

estarían familiarizados con la santa voluntad de Dios. También en el capítulo 2, versículo 9, él los llama “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios”, quienes han sido llamados “de las tinieblas a su luz admirable”. Y en el capítulo 4 describe su anterior oscuridad: “Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles, andando en lascivias, placeres, borracheras, orgías, disipación, y abominables idolatrías” (versículo 3). Los judíos con seguridad tenían sus debilidades, pero la crasa lascivia y la idolatría, no eran sus pecados habituales ni dominantes. Eso era más una característica de los gentiles.

Pero, ¿por qué Pedro llama refugiados de una dispersión, a los gentiles? Eso parece más aplicable a los judíos. Pedro estaba refiriéndose a un problema que enfrentaban estos gentiles: “A estos (los vecinos paganos de los gentiles) les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución y os ultrajan” (1 Pedro 4: 4). Se puede hablar de manera figurada de los lectores de Pedro como “refugiados” o “exiliados” en un mundo incrédulo. Realmente ellos ya no están en casa en su comunidad nativa. La exhortación de Pedro en el capítulo 2 versículo 11 está de acuerdo con ese concepto: “Amados, yo os ruego *como a extranjeros y peregrinos*, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma”.

Entonces identificamos a los lectores como gentiles que viven a lo largo de Asia Menor. ¿Pero no era ese el territorio de *Pablo*, particularmente Galacia? Recuerde los tres años que Pablo pasó en la provincia de Asia, con Efeso en su centro. ¿Por qué Pedro escribiría a los conversos de Pablo? Tal vez la respuesta más simple es que Pablo le había pedido que lo hiciera. Notamos, por ejemplo, que Silvano, el colaborador fiel de Pablo, está con Pedro durante este tiempo y sirve como el escriba de Pedro. Él puede, de hecho, haber también servido como el portador de la carta.

Note especialmente cómo Pedro habla de aquellos que han traído el evangelio a sus lectores. Él habla en tercera persona, ¡no en primera! Por ejemplo, él habla de profecía como “cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio” (1 Pedro 1: 12). Eso sería terminología extraña si Pedro mismo les hubiera predicado. También notamos que no hay nombres, ni saludos personales, al final de la carta.

Motivo de la carta

Pero, ¿por qué Pablo le pediría a Pedro que escribiera a los

cristianos de Asia Menor? La simple respuesta es que había una necesidad. La carta abunda en animación y exhortación a la gente que obviamente está experimentando pruebas y tribulaciones. Hay siete diferentes palabras para sufrimiento que se usan en la carta. La naturaleza de la persecución no se describe específicamente, pero parece haber venido en varias formas. Nos referimos al maltrato que viene de los paganos quienes no pueden entender qué ha pasado con sus vecinos cristianos, quienes ya no quieren “correr con ellos en el mismo desenfreno de disolución”. Adicionalmente, estos cristianos están siendo ridiculizados debido a su adherencia a Cristo, porque Pedro los anima: “Si sois ultrajados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros” (1 Pedro 4: 14). También parece que se sospecha de ellos una deslealtad al estado, porque Pedro los insta: “Por causa del Señor someteos a toda institución humana” (1 Pedro 2: 13) – y menciona específicamente a los reyes y a los gobernadores. Pedro concluye esa sección: “Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey” (1 Pedro 2: 17).

Pero incluso uno se puede preguntar: “¿Por qué el mismo Pablo no escribiría a los cristianos de Asia Menor en su persecución?” Esa es una pregunta difícil de responder. Tal vez Pablo no tenía la habilidad de escribir. Algunos han sugerido que él estaba en prisión. Eso, por supuesto, podía ser verdad, pero sabemos de al menos una situación en la cual la prisión no detuvo a Pablo para escribir. Él fue capaz de escribir las cuatro “cartas de cautividad” (Efesios, Filipenses, Colosenses y Filemón) aparentemente desde prisión (o desde arresto domiciliario) en Roma. Segunda de Timoteo también da una indicación de haber sido escrito desde la prisión.

Tal vez la mejor sugerencia es la dada por el bendito profesor John Meyer, quien sugirió que Pablo puede haber ido al occidente, a España en este tiempo. Preocupado por sus responsabilidades, Pablo puede haber pedido a Pedro estar pendiente de las cosas, y cuando las cosas dieron un giro hacia lo peor y la persecución se desencadenó, Pedro envió su primera epístola.

Fecha y lugar de escritura

La sugerencia del profesor Meyer nos ayudaría a establecer una fecha para la epístola. Infortunadamente, poco se sabe acerca del viaje de Pablo a España, pero si hubo tal viaje, debe haber tenido lugar poco después de la liberación de Pedro de su primera cautividad romana – es decir al principio de los 60.

La fecha más tardía en la cual puede haber sido escrita fue el año en el cual murió Pedro. Eso ha sido estimado en algún tiempo entre el año 64 y el 67. Por lo tanto, tenemos un marco de tiempo bastante estrecho en el cual encajaría la epístola – algún lugar a mitad de los 60, digamos aproximadamente en el año 65 d.C.

Existe todavía el problema de dónde fue escrita la epístola. La única pista que tenemos se encuentra en el saludo de cierre. Pedro escribe: “La iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros, y Marcos mi hijo, os saludan” (1 Pedro 5: 13).

Existe gran desacuerdo sobre las palabras “que está en Babilonia”. En vista de la notable ausencia de palabras que indiquen un lazo personal entre Pedro y los receptores de la epístola, parece improbable que Pedro se esté refiriendo a una persona individual. Aún más improbable es la sugerencia que puede haber sido la esposa de Pedro, quien, como sabemos por 1 Corintios 9: 5, lo acompañó algunas veces en sus viajes. Si no hay una evidencia sólida de que los lectores conocían a Pedro personalmente, parece arriesgado asumir que ellos conocían a su esposa (observe, sin embargo, que ella eventualmente se convierte una persona suficientemente prominente como para atribuirle a ella misma una tradición de martirio).

“La iglesia que está en Babilonia” es la “elegida”. Parece mejor tomar a esta elegida (un sustantivo en el género femenino) como una referencia al sustantivo griego femenino para la palabra iglesia (La versión King James, en inglés, la traduce como “*The church that is at Babilon...saluteth you*” – “La *iglesia* que está en Babilonia ... te saluda”). Observe que Juan parece seguir un patrón similar en su segunda epístola, en la cual se refiere a una “señora elegida” (2 Juan 1). Él se regocija al encontrar a algunos de sus “hijos” caminando de acuerdo con la verdad, aunque otros estén en peligro de flaquear. Suena como si Juan estuviera dirigiéndose a una iglesia y a los miembros de la iglesia, en vez de a una madre y su familia.

Pero, ¿podría Pedro haber escrito esta epístola desde una iglesia en la verdadera ciudad de Babilonia? El problema con esta sugerencia es que no sabemos nada, ni hay ninguna tradición según la cual Pedro hubiera trabajado en Babilonia. Ya que sabemos tan poco del paradero de Pedro en los días de cierre de su ministerio, la ciudad histórica de Babilonia tal vez no debe ser completamente descartada. Esta sugerencia tiene el beneficio de que no toma de manera figurada un nombre que aparece en lo que parece ser una narrativa directa.

Sin embargo ya hemos visto un ejemplo de lenguaje figurado en esta epístola. En los versículos iniciales de la epístola, en lo que al principio parece ser narrativa directa, los receptores de la epístola son

llamados “expatriados de la dispersión, elegidos según el previo conocimiento de Dios”. Una mirada más cercana al contenido de la carta revela, sin embargo, que ellos son gentiles y no judíos – y que no están literalmente en la dispersión judía, sino que son “extranjeros y peregrinos” en un mundo no cristiano. ¿No podría ser usada la misma clase de designación en lenguaje figurado para los que envían la epístola? Eso crearía un paralelo: los escogidos en Babilonia envían saludos a los que están dispersos “los cuales han sido escogidos”.

Si es así, ¿dónde estaría localizada una Babilonia en sentido figurado? Se debe ser un poco precavido de dar la respuesta fácil que han dado muchos comentaristas que dicen que el libro de Apocalipsis establece a Babilonia como Roma. Y sin embargo, creemos que Roma debe ser considerada como una posibilidad aquí. Está, entre otras cosas, la sólida tradición de que Pedro fue a Roma – no por 25 años como obispo, sino al final de su ministerio – y allí murió la muerte de un mártir.

Luego está el hecho de que Juan Marcos es incluido en los saludos que se encuentran al final de 1 Pedro. Pablo, en su carta a los Colosenses (la cual fue escrita en Roma), escribió que Marcos estaba planeando una visita a Colosas y que los Colosenses iban a darle la bienvenida (4:10). Por esta referencia, sabemos que Marcos estuvo en Roma una vez con San Pablo. Si Marcos hubiera vuelto a su punto de origen después de visitar Colosas, él habría vuelto a Roma. Ya que él está incluido en el saludo de 1 Pedro, sabemos que Pedro estaba con él cuando escribió su epístola. Entonces, si Marcos, de hecho, volvió a Roma, podemos concluir que Roma fue donde Pedro escribió su carta. Reconocidamente, mucho de esto es aferrarse a la esperanza, pero sugiere una razón por la cual Roma pudo ser el punto de origen de la epístola de Pedro. Adicionalmente, la tradición consistentemente liga a Juan Marco con Pedro en Roma.

Con relación a la principal motivación de la carta, sin embargo, no puede haber duda. La persecución estaba rodeando a los cristianos de Asia Menor, y Pedro estaba ocupándose del trabajo de “fortalecer a sus hermanos” al dirigirles al Salvador, a quien él mismo había aprendido a conocer y a amar.

Ofrecemos el siguiente resumen. Pedro sirvió como el líder en Jerusalén por varios años después de la Ascensión de Jesús. Después de que Esteban fue apedreado hasta la muerte, el trabajo misionero comenzó en Samaria, y Pedro fue llamado a inspeccionar el trabajo allá. Mientras tanto, Pablo estaba persiguiendo a la iglesia. Esto habría tenido lugar aproximadamente en el año 34 d.C. Tres años más tarde, en el año 37 d.C., Pablo, quien ya había sido cristiano por tres años,

visitó Jerusalén y allí conoció a Pedro. Después de la partida de Pablo, Pedro también dejó Jerusalén y permaneció en Jope. De allá fue llamado a predicar a un gentil, Cornelio, en Cesarea. Pronto después Pedro volvió a Jerusalén para contar lo que pasó en la casa de Cornelio.

Aproximadamente en el año 44 d.C. encontramos a Pedro en Jerusalén, donde Herodes lo arrestó. Dios lo liberó de la prisión y Pedro dejó Jerusalén de nuevo. Él no pareció estar presente allá cuando Pablo y Bernabé trajeron alivio de la hambruna de los cristianos en Antioquía. Eso sucedió aproximadamente en año 46 ó 47 d.C. Encontramos a Pedro en Jerusalén para la asamblea de Jerusalén, más o menos en el año 50 d.C. Algún tiempo después, encontramos a Pedro en Antioquía, donde Pablo tuvo que reprenderlo.

Desde ese momento en adelante, sabemos de Pedro sólo por lo que recogemos de sus epístolas y de los pocos hechos confiables que conocemos de fuentes externas a las Escrituras.

Preguntas de estudio

1. Reseñe los primeros dos períodos en el ministerio de Pedro. ¿Qué caracteriza el tercer período del ministerio de Pedro?
2. Jesús dijo que el evangelio debía ser predicado en Judea, Samaria y hasta lo último de la tierra. ¿Cuál de estas tareas había sido lograda de manera general por el medio del libro de Hechos? ¿Qué tarea todavía necesitaba ser realizada? ¿Cómo afecta este hecho al ministerio de Pedro? ¿Su importancia relativa en el trabajo de la iglesia? ¿La forma en que Lucas ordenó el material en el libro de los Hechos?
3. Dos fechas en la vida de Pablo y una fecha en la vida de Herodes nos ayudan a entender la cronología de la vida de Pedro. ¿Cuáles son? Use la línea de tiempo para ayudarlo a responder esta pregunta.
4. El Señor necesitaba a Pedro en otro lugar fuera de Jerusalén. Identifique al hombre que se convirtió en el líder de la iglesia de Jerusalén después de que Pedro empezó a viajar solo.
5. Los gobernantes de la tierra toman su posición contra Dios y su Cristo (Salmo 2). ¿Cómo sucedió esto en Jerusalén en el año 43 ó 44 d.C.? ¿Cuál fue el resultado de los esfuerzos de Herodes por destruir la iglesia?
6. En la asamblea de Jerusalén, ¿cómo probaron los líderes de la iglesia de Jerusalén, y Pedro en particular, ser una bendición para el trabajo misionero entre los gentiles?
7. ¿Qué error cometió Pedro cuando visitó la iglesia en Antioquía?
8. La supuesta primacía de Pedro, y la de ser el primer Papa en Roma, ha sido referenciada varias veces en este libro. ¿Cuáles son algunas de las razones por las cuales esa teoría va en contra del retrato que las Escrituras pintan de Pedro?
9. ¿Qué puede usted recoger de 1 Pedro acerca de los últimos años de la vida de Pedro? Piense acerca de dónde él pudo haber vivido y lo que él pudo haber hecho en este tiempo.
10. ¿Cuál es el propósito de 1 Pedro?
11. Resuma el tercer período de la vida de Pedro.

Parte Cuatro

El período del declive de la prominencia Sección Dos

Reseña de la vida de Pedro

Resumamos la vida de Pedro como la hemos delineado hasta ahora.

Los evangelios nos familiarizan primero con el primer período de su vida, su período de entrenamiento y aprendizaje como discípulo de Jesús.

Allí siguió, después de la Ascensión de Jesús, un segundo período de su vida, un período de prominencia. Durante y después del Pentecostés, Dios permitió que Pedro fuera el centro de actividad y el eje del crecimiento fenomenal que fue otorgado a la iglesia de Jerusalén. Esto, a su turno, fue seguido por llegar a la gente samaritana y eventualmente también a los gentiles en el bien conocido caso del ejemplo de Cornelio. En todos estos eventos, Pedro fue prominente.

Pero entonces siguió un tercer período de la vida de Pedro, cuando él virtualmente salió de la escena. Con seguridad, lo vemos en varias ocasiones. Él es una figura de alto perfil en la asamblea en Jerusalén, realizando un servicio leal para salvaguardar la libertad de

los gentiles (Hechos 15). Más tarde, en un incidente que no le dio ningún crédito, él apareció en Antioquía y actuó en una forma tal que socavó la libertad en el evangelio de los gentiles (Gálatas 2: 11 – 13).

Pero ahora, para todos los propósitos prácticos, se vuelve imposible rastrear sus movimientos. Asumimos que está realizando viajes, sirviendo como un apóstol para los creyentes judíos. Esa suposición es apoyada por la referencia de San Pablo a que Pedro llevó a su esposa con él en sus viajes misioneros (1 Corintios 9: 5). Entonces podemos asumir que Pedro está ocupado en el ministerio del evangelio en algún lugar en la iglesia, pero no tenemos información sólida como para conocer su escenario de operación.

La única luz en la oscuridad que cubre los años de declive de Pedro es la correspondencia que conocemos como las epístolas generales de Pedro. Cerramos el capítulo anterior con una breve mirada a 1 de Pedro, concluyendo que es una carta de esperanza para los cristianos que están sufriendo persecución. Con base en consideraciones internas, concluimos que Pedro estaba escribiendo a los gentiles que vivían en Asia Menor. La forma en que Pedro se dirigió a estos cristianos sugiere que no eran sus propios conversos. Ellos pueden haber sido el resultado de las labores más bien amplias de Pablo en Asia Menor.

Sobre esa suposición dimos lugar a la posibilidad de que Pablo puede haber pedido a Pedro que asumiera el cuidado de estas iglesias mientras él mismo estaba ausente en el occidente, fechando de este modo esta epístola en los tempranos o medianos años 60. Repetimos estos asuntos con algún detalle ya que mucho de esto se aplica a 2 Pedro, la cual es claramente una secuela de 1 Pedro: “Amados, esta es la *segunda carta que os escribo*. En ambas despierto con exhortación vuestro limpio entendimiento” (2 Pedro 3: 1).

La segunda epístola de Pedro

Propósito de la epístola

Claramente hay una unidad de propósito entre 1 de Pedro y 2 de Pedro. Ambas son cartas de esperanza, pero una esperanza que debe mantenerse bajo unas circunstancias un poco diferentes. “En 1 Pedro el énfasis recae en el sufrimiento; en 2 Pedro, en falsos maestros y falsas enseñanzas. En consecuencia, la primera epístola es de consolación; la última, de advertencia. El antídoto de Pedro contra la falsa enseñanza es el verdadero conocimiento espiritual”⁹.

Esa observación es apoyada por un énfasis digno de atención en la segunda carta de Pedro. Dieciséis veces en sus tres relativamente cortos capítulos, Pedro usa formas de la palabra *conocer* y *conocimiento*. Seis de aquellas son la forma griega intensificada, la palabra para designar un conocimiento seguro y cierto – un entendimiento total. El método con el que Pedro combatía la falsa enseñanza era fortalecer y profundizar en el conocimiento verdadero. Donde el conocimiento es profundizado y fortalecido, la llama de la esperanza continuará ardiendo de manera brillante, aun cuando sea obstruida por los falsos maestros y las falsas enseñanzas.

Autenticidad

Como ya fue indicado en el capítulo anterior, ambas epístolas de Pedro son puestas en tela de juicio por los críticos modernos. *Algunos* de ellos cuestionan la autenticidad de 1 de Pedro, pero es justo decir que *la mayoría* de ellos cuestiona la autenticidad de 2 Pedro y en varios aspectos.

Consideremos primero que hay relativamente poco apoyo histórico para el uso temprano de esta carta. Usted recordará que en el capítulo anterior, reunimos referencias de Clemente, Ignacio, *El Pastor* de Hermas, y especialmente Ireneo (año 200 d.C.), como una indicación del temprano uso generalizado de 1 de Pedro. Reconocidamente, no se puede hacer eso en la misma forma para 2 de Pedro. Puede haber algunos puntos de semejanza entre 2 Pedro y pasajes de escritos tan tempranos como *El Pastor*, *1 y 2 Clemente*, y la *Didajé*, pero es difícil encontrar citas exactas de 2 Pedro. Ni siquiera Ireneo, quien cita 1 de Pedro por nombre, ha dejado un uso tan inequívoco de 2 Pedro. El veredicto de Theodor Zahn, en *Introduction to the New Testament* (Introducción al Nuevo Testamento), puede sonar un poco drástica, pero él refleja de manera acertada los puntos de vista de muchos críticos cuando dice que no hay evidencia de que, antes del tiempo de Orígenes, 2 Pedro era aceptada en cualquier lugar de la iglesia como un escrito del mismo rango que 1 de Pedro.

Para que esta observación no nos perturbe de manera indebida, demos una segunda mirada a lo que la falta de evidencia indica o no indica. Al estudiar los diferentes documentos sobre el Nuevo Testamento, es siempre tranquilizador encontrar evidencia de su uso temprano y generalizado. Esa evidencia fortalece la convicción con respecto a la autenticidad del escrito apostólico.

Pero debemos notar que este argumento no necesariamente funciona en reversa. Por el hecho de que alguien no haga referencia a un documento particular, no significa que necesariamente no sepa

acerca del documento. Simplemente puede no haber tenido ocasión de citarlo, o su referencia al mismo puede no haber llegado a nosotros. Inferir que por el hecho de que un documento no ha sido citado, éste puede no haber existido es un ejemplo craso de argumentar con base en el silencio.

De hecho, se pueden reunir algunas razones más bien razonables por las cuales 2 Pedro puede no haber sido citada con mucha frecuencia. Al igual que sus contrapartes en 2 y 3 de Juan, la epístola es muy corta y se dirige más bien sutilmente a lo que puede haber sido un error o aberración local. Además, la segunda epístola de Pedro realmente no contiene una enseñanza ni doctrina distintiva que pueda ser obtenida únicamente de ese libro. Otras cartas mejor conocidas habrían servido más fácilmente. Todo lo que estamos diciendo es que la ausencia de citas tempranas de 2 de Pedro, no refuta su existencia en tiempos tempranos, ni que vino de la pluma del propio Pedro.

Los críticos también indican que cuando las referencias a 2 Pedro aparecen en escritos primitivos, los autores de esos escritos ocasionalmente cuestionan su autenticidad. Por ejemplo, Eusebio preserva los comentarios de Orígenes sobre el canon, en el cual él (Orígenes) observa: “Y Pedro, sobre quien se edifica la Iglesia de Cristo, contra la cual no prevalecerán las puertas del hades, dejó una sola carta por todos reconocida. Quizás también una segunda, pues se la pone en duda”¹⁰.

Debemos notar que Orígenes no estaba necesariamente promulgando un veredicto personal sobre la autenticidad de 2 de Pedro. Él estaba simplemente reportando el estado del arte en su tiempo. Él dice virtualmente lo mismo acerca de 2 y 3 de Juan cuando se refiere a su tamaño pequeño como razón por la cual aparentemente carecen de reconocimiento general. Él dice: “Dejó también una Carta de muy pocas líneas, y quizá también una segunda y una tercera, pues no todos dicen que éstas sean genuinas. Sólo que las dos no llegan al centenar de líneas”¹¹. El mismo Orígenes puede haberlas aceptado como auténticas. Él solamente dice que hay algunos que cuestionan su autenticidad.

El propio testimonio de Eusebio es algo afín con eso. Él no dice que él mismo duda de la autenticidad de 2 de Pedro, ni la incluye en la lista de los libros que la iglesia en general consideró ilegítimos. Él la ubica más bien entre los libros controvertidos. Él dice: “Estos son los que están entre los admitidos. De los libros discutidos, en cambio, y que, sin embargo, son conocidos de la gran mayoría, tenemos la Carta llamada de Santiago, la de Judas y la II de Pedro, así como las

que se dicen ser II y III de Juan, ya sean del evangelista, ya de otro del mismo nombre”¹².

El punto que se infiere es que mientras no tengamos referencias tempranas a 2 de Pedro, las más tempranas que tenemos no son necesariamente negativas. Los escritores de estas referencias simplemente informan que en su tiempo había algunas preguntas planteadas acerca de la autenticidad de 2 de Pedro, pero esto no representa la opinión de la mayoría.

Jerónimo sí habla en contra de la autenticidad de la epístola, pero necesitamos recordar que él ya estaba tres siglos alejado de cuando fue escrita y por lo tanto no estaba en una posición para dar una decisión con respecto a esto. Su argumentación, además, está basada completamente en consideraciones internas, es decir, en la diferencia de estilo que se observa entre la primera y la segunda epístolas.

Hoy en día, aquellos que dudan de la autenticidad de 2 de Pedro regularmente repiten el argumento de Jerónimo. Concedamos, en principio, que 2 de Pedro está escrita en un griego relativamente difícil. Su estructura es complicada debido a construcciones que son algo extrañas y oraciones que son largas y se desarrolla en intervalos que no están siempre perfectamente claros.

Tal vez simplemente refleja las propias insuficiencias de este autor, pero el griego de 1 de Pedro no es para nada ni mucho más fácil ni más claro. Y si también consideramos los sermones de Pedro en Hechos, hay un patrón general de una estructura relativamente compleja en las frases y en el desarrollo de los pensamientos a lo largo de todos sus escritos. Estas dos epístolas no parecen tan diferentes como para pensar que no pudieran haber sido escritas por el mismo hombre.

Los argumentos esgrimidos contra 2 de Pedro usualmente son aumentados con estadísticas que involucran un vocabulario diferente. Con seguridad, hay algunas novedades en 2 de Pedro, algunas palabras y construcciones de poco uso. Pero en el interés del balance y la imparcialidad, los estudios de los comentaristas históricos Zahn y Dods, también deben ser notados; estos indican que también hay algunas similitudes muy interesantes entre las dos cartas. Por ejemplo, existe un considerable número de palabras y expresiones que aparecen tanto en 1 como en 2 de Pedro, pero difícilmente en alguna otra parte del Nuevo Testamento¹³.

Pero concedamos que hay algunos puntos obvios de diferencia en el estilo de 1 y 2 de Pedro. ¿No puede eso servir como un argumento de que Pedro escribió ambas epístolas? Si alguien estuviera

perpetrando una falsificación, haría un gran esfuerzo para hacer que su lenguaje y su estilo fueran lo más similares posible a lo que estuviera tratando de imitar. Él no se arriesgaría a una detección inmediata al apartarse de la estructura normal de las oraciones ni usando palabras únicas. Pero eso es lo que se dice que hizo el autor de 2 de Pedro.

Además, cuando alguien crea una falsificación, usualmente tiene un motivo claro. Un autor puede estar buscando apoyo para falsas doctrinas o tratando de condimentar la historia al añadir toques románticos o sobrehumanos. Pero 2 de Pedro no delata ni un motivo, ni un interés de este estilo. Contiene enseñanzas que no son para nada novelescas, ni nada que no haya sido afirmado en otros puntos de la Escritura. No contiene ninguna nueva doctrina y con seguridad no glorifica a Pedro, porque habla en los términos más modestos y reservados, aún del gran privilegio que le fue concedido en el monte de la transfiguración. Adicionalmente, si uno acepta la teoría de una falsificación, él está comprometido en la casi ridícula posición de decir que 2 de Pedro es una advertencia seria y ortodoxa contra los falsos maestros y la falsa enseñanza mientras que el autor, sin embargo, ha firmado con un nombre falso.

Es mejor tomar la epístola en sentido literal y aceptar como cierta la reclamación hecha en el versículo inicial: “Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que habéis alcanzado, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que la nuestra” (2 Pedro 1: 1).

El autor no sólo reclama ser Pedro, sino que no hay nada en la carta que de ninguna manera contradiga esa reclamación. Las referencias corresponden a lo que hemos aprendido de los evangelios. Con respecto a la transfiguración, Pedro dice:

No os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad, pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo” (2 Pedro 1: 16 – 18).

Todo esto corresponde con lo que dice el evangelio.

Hay, además, una referencia a la muerte de mártir que Jesús había predicho para Pedro. En una sección en la que Pedro está hablando a los lectores acerca de su ministerio, dice:

Por esto, yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis y estéis confirmados en la verdad presente. Tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonestación, sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado” (2 Pedro 1: 12 – 14).

Puede ser digno notar que Pedro escribió estas palabras antes de que Juan escribiera acerca del evento en su evangelio. Los críticos, por supuesto, no concederán esto. Ellos razonan así: el evangelio de Juan es tardío – alrededor del cambio del siglo. Debido a que el autor de 2 de Pedro sabe acerca de la profecía del martirio, él debe estar familiarizado con el evangelio de Juan. De ahí que 2 de Pedro no puede ser de Pedro sino que debe haber sido escrita por alguien del segundo siglo.

Aparentemente a los críticos nunca se les ocurre que el autor de 2 de Pedro puede realmente ser el mismo discípulo que estuvo en la orilla del mar de Galilea y que la razón por la cual él sabe sobre la profecía no es porque hubiera leído sobre ella en el evangelio de Juan sino porque él la había escuchado personalmente de los labios de su maestro. Puede sonar un poco a juicio, pero parece haber alguna verdad en la vieja afirmación de que nadie es tan ciego como el que no quiere ver.

Entonces, para resumir: Mientras la evidencia externa e histórica de la autoría de Pedro de la segunda epístola tal vez no es tan contundente como la de otras epístolas, no hay razón basada en el contenido del libro para dudar que Pedro la escribió.

Hemos dedicado algún tiempo a este asunto debido a que la epístola es tan universalmente atacada en nuestros días y también debido a su relevancia en nuestro retrato de Pedro. Si él no es el autor de esta epístola, entonces nosotros no nos atrevemos a tenerla en cuenta para contribuir con nuestro entendimiento de los años de cierre del ministerio de Pedro.

Receptores

¿A quién escribió Pedro? Por la fortaleza que está presente en 2 de Pedro 3:1, podemos concluir que sus lectores estaban entre los cristianos de las cinco provincias mencionadas en 1 de Pedro. Como

una epístola general, su segunda carta puede también haber sido escrita a todos los cristianos de estas cinco provincias, pero no se nos dice eso específicamente. Ya que las cinco provincias no están listadas aquí, está la posibilidad de que esta epístola fuera escrita a un grupo más reducido.

Pedro sí asume, sin embargo, que todos sus lectores están familiarizados con las cartas de Pablo (2 Pedro 3: 15). De ahí que el grupo de los lectores de Pedro ciertamente incluiría a las congregaciones de: Éfeso, Colosas, y Galacia – las cuales estarían ubicadas en dos de las provincias mencionadas en 1 de Pedro, es decir Asia y Galacia.

Concluimos que los receptores de la primera epístola de Pedro fueron los cristianos *gentiles*. La misma conclusión parece garantizada aquí. En su salutación (2 Pedro 1:1), Pedro se dirige a sus lectores como “a los que habéis alcanzado, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe *igualmente preciosa que la nuestra*”. Recuerde que Pedro fue el apóstol de los judíos. Él está comparando la fe de sus creyentes judíos, quienes oyeron el evangelio primero, con la fe de aquellos que oyeron el evangelio después, los gentiles. Ellos han recibido una fe “igualmente preciosa que la nuestra”.

Propósito

Anteriormente Pedro escribió a estos cristianos con el fin de mantener su esperanza y reforzar su confianza, durante los días malos de la persecución. La situación que motivó su segunda epístola parece haber sido algo diferente. La amenaza parece estar viniendo no tanto del exterior, sino del interior de las congregaciones. Falsos maestros habían levantado sus cabezas allí.

El problema

En las congregaciones a las cuales Juan escribió sus tres epístolas, los perturbadores habían sido sacados de las congregaciones pero continuaban siendo peligrosos. En el caso de las congregaciones a las cuales Pedro escribió su segunda epístola, los falsos maestros todavía parecían estar activos dentro de las congregaciones. Pedro los llama “inmundicias y manchas, quienes aun mientras comen *con vosotros* se recrean en sus errores” (2 Pedro 2: 13)¹⁴.

No se nos dice la naturaleza de su falsa enseñanza, pero parecen estar cuestionando si los cristianos deben temer, o siquiera esperar, un juicio final. Pedro siente que es necesario advertir a sus lectores acerca de los burladores que dicen: “¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron,

todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación” (2 Pedro 3: 4).

Pedro no parece muy optimista con respecto a ganar a los perturbadores en favor de su punto de vista. Para los creyentes, sin embargo, Pedro tiene una respuesta con respecto a la aparente tardanza de Dios. Él escribe: “Pero, amados, no ignoréis que, para el Señor, un día es como mil años y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3: 8, 9).

Y luego añade una frase obviamente conmemorativa de la ilustración de Jesús acerca del padre de familia en cuya casa el ladrón vendría (Mateo 24: 42, 43). Pedro escribe: “Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche. Entonces los cielos pasarán con gran estruendo, los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 Pedro 3: 10).

El desastroso efecto de negar el juicio que viene parece haberse mostrado en un espíritu de antinomianismo (la idea de que la ley ya no es necesaria ni apropiada para el uso de un cristiano) y en una inmoralidad general entre los falsos maestros. Pedro manifiesta: “Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción, pues el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció” (2 Pedro 2: 19).

La carta es rica en vívidas descripciones sobre la forma de vivir de los falsos maestros. Ellos son personas que “siguiendo la carne, andan en placeres e inmundicia, y desprecian el señorío. Atrevidos y obstinados, no temen decir mal de los poderes superiores... hablando mal de cosas que no entienden, como animales irracionales nacidos para presa y destrucción, perecerán en su propia perdición, recibiendo la recompensa de su injusticia, ya que tienen por delicia el gozar de deleites cada día... Tienen los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar, seducen a las almas inconstantes, tienen el corazón habituado a la codicia y son hijos de maldición. Han dejado el camino recto y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el premio de la maldad” (2 Pedro 2: 10 – 15).

Pedro no indica cuántos habían sido ganados por los falsos maestros, pero con seguridad habían ganado a algunos. Con una mezcla entre indignación y repugnancia, Pedro declara: “Hablando palabras infladas y vanas, seducen con pasiones de la carne y vicios a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error” (2 Pedro 2:18).

Pero el temor real de Pedro es por el futuro. Note que el tiempo futuro cuando él advierte: “Hubo también falsos profetas entre el pueblo, como *habrá* entre vosotros falsos maestros que introducirán encubiertamente herejías destructoras y hasta negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán su libertinaje, y por causa de ellos, el camino de la verdad será blasfemado” (1 Pedro 2: 1, 2). Pero otra vez está atendiendo a la tarea dada por Dios de fortalecer a sus hermanos.

La solución: el conocimiento de Cristo

Como ha ya sido anotado, el antídoto contra los falsos maestros y la falsa doctrina es la correcta doctrina – la enseñanza ortodoxa. De ahí que el tema recurrente de Pedro es el de *conocer* a Dios y de conocer a Cristo y a su evangelio. Dieciséis veces se mencionan la palabra *conocer* y sus derivadas en estos tres capítulos – nueve de ellas solamente en el primer capítulo. Pedro no está hablando acerca de un conocimiento intelectual que pueda siquiera dejar al “*que conoce*” desligado ni desinteresado. La mayor parte del tiempo, Pedro usa la palabra griega para *conocer* que se refiere a un reconocimiento cálido y personal – un conocimiento que viene de una familiarización íntima y contacto cercano.

Pedro mismo ha llegado a conocer al Señor Jesucristo por la experiencia. El que no tiene este conocimiento o el que lo valora con ligereza, está en un grave peligro espiritual. El autor escribe: “Pero el que no tiene estas cosas es muy corto de vista; está ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados” (1 Pedro 1: 9).

Esta última observación parece ser una indicación inequívoca de que esto es sin duda la escritura de Pedro. Él recuerda haber negado a su Señor tres veces en el patio en la tarde del Jueves Santo. Y recuerda cómo aprendió a conocer y a amar a su Salvador a través de la mirada que su Salvador le dio, y que lo hizo volver del error de sus caminos.

Ya en el saludo de la epístola, Pedro dice: “Gracia y paz os sean multiplicadas, en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús. Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia” (2 Pedro 1:2, 3).

Dos versículos más adelante, en la cadena de gracias cristianas, Pedro afirma:

Por esto mismo, poned toda diligencia en añadir a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio

propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Si tenéis estas cosas y abundan en vosotros, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo” (2 Pedro 1: 5 – 8).

Y luego sigue la afirmación que notamos más arriba, que aquel que carezca de este conocimiento es corto de vista y ciego.

Pedro, más adelante en la carta, refuerza su advertencia contra el alejarse del conocimiento del Salvador. Él usa un lenguaje conmemorativo de las palabras de Jesús acerca del hombre para quien hubiera sido preferible que hubieran colgado una piedra de molino alrededor de su cuello y que se hubiera ahogado en el mar. Con respecto a aquellos que se alejan del conocimiento, Pedro dice: “Mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia que, después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado” (2 Pedro 2: 21).

Pedro es un pastor diligente de almas, resuelto no sólo en *alimentar* a las ovejas y a los corderos que le fueron confiados, sino también en *defenderlos* contra el daño y el peligro del exterior.

Tiempo de escritura

La epístola misma no da indicio de cuándo fue escrita. Sin embargo, podemos delimitar de manera estrecha el marco de tiempo de forma más bien cercana. Esta es la *segunda* carta que Pedro está escribiendo a estos lectores. Ya establecimos que la fecha de escritura de 1 de Pedro fue el año 64 ó 65 d.C., entonces esta epístola no puede ser anterior a esa. También estamos asumiendo que Pedro murió en la persecución de Nerón no después del año 68 d.C. Segunda de Pedro, por lo tanto, está en algún lugar en medio, digamos aproximadamente en el año 66 ó 67 d.C.

Los críticos modernos, por supuesto, refutarán esto. A algunos les gustaría probar que 2 de Pedro realmente precede a 1 de Pedro y que cuando Pedro habla de que esta es su segunda epístola, él debe estar refiriéndose a otra carta escrita incluso antes, la cual ahora está perdida.

Otros reclaman que las referencias de Pedro a una compilación de las epístolas de Pablo y de las Escrituras en general implica que el canon de la Escritura había sido ya sustancialmente reunido, y ellos discuten por una fecha tardía para 2 de Pedro. Otros dirán que el conocimiento por parte del autor de la profecía de Jesús de que Pedro

sufiría un martirio debe haber estado basado en el evangelio de Juan y por eso ellos fechan a 2 de Pedro después del cambio de siglo.

La mayoría de los críticos tratan de mostrar que 2 de Pedro es dependiente de la epístola de Judas y, de esta forma, refutar su autenticidad. Es evidente que hay marcados paralelos entre los dos libros. De hecho, los paralelos son tan cercanos que usted podría querer leer el segundo capítulo de Pedro lado a lado con la epístola de Judas. Observe de manera particular una repetición de los dolorosos ejemplos de desobediencia por parte: de los ángeles del mal, de Sodoma y Gomorra, y de Balaam. Note cómo ambos describen falsos maestros como charlatanes que fracasan en producir lo que prometen: nubes sin lluvia, manantiales sin agua; libertadores que realmente son esclavos de sus propias pasiones; bestias brutales apropiadas sólo para la destrucción. Observe también que en ambas epístolas se describe que los falsos maestros se mofan de la idea de un juicio.

Reconocemos los paralelos, pero ¿quién copió de quién? Zahn trata de obviar la dificultad diciendo que ambos estaban trabajando desde una tradición común. Eso tiene algunos puntos en su favor, pero tiene la desventaja de hacer lucir como plagiarios tanto a Pedro como a Judas.

Los críticos que rechazan la autenticidad de 2 de Pedro por supuesto dirán que Pedro depende de Judas. Una lectura objetiva de las dos epístolas, sin embargo, haría igualmente probable que Judas dependiera de 2 de Pedro.

El punto clave parece ser el uso de los tiempos verbales. En el capítulo 2, Pedro habla del futuro: “*habrá* entre vosotros falsos maestros que *introducirán encubiertamente* herejías destructoras y hasta negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina” (versículos 1 y 2). Y en el capítulo 3, él escribe: “Sabed ante todo que en los últimos días *vendrán* burladores, andando según sus propias pasiones” (versículo 3).

Lo que Pedro visualizó de manera aprehensiva como un peligro futuro, Judas lo maneja como una realidad presente. Judas afirma: “porque algunos hombres *han entrado encubiertamente*, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que *convierten* en libertinaje la gracia de nuestro Dios y *niegan* a Dios, el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo” (Judas 4).

Pero tal vez el argumento decisivo está en los versículos 17 y 18, en los cuales Judas parece estar diciéndonos que él está citando a Pedro, porque dice: “Pero vosotros, amados, tened memoria de las palabras que antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo; los que os decían: “En el último tiempo habrá burladores

que andarán según sus malvados deseos”. Si dejamos que las palabras signifiquen lo que dicen, entonces sólo podemos concluir que Judas está citando 2 de Pedro 3: 3.

Judas se refiere a los “apóstoles”, y no es difícil descubrir a quién tiene en mente. Recuerde la animación de Pedro: “Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito en casi todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas” (2 Pedro 3: 15, 16).

Observe lo que Pablo había dicho a los ancianos Efesios algunos años antes. Esas son palabras de profecía y predicción que suenan casi idénticas a la motivación de 2 de Pedro. Pablo dijo: “Por tanto, mirad por vosotros y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre, porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces que no perdonarán al rebaño. Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas para arrastrar tras sí discípulos. Por tanto, velad” (Hechos 20: 28 – 31).

Suena bastante a como si Judas estuviera reconociendo franca y abiertamente que no está diciendo nada más que lo que los apóstoles Pedro y Pablo habían dicho antes de él. Nosotros sostenemos, por lo tanto, que 2 de Pedro precede a Judas, y nos quedamos con la fecha del año 66 ó 67 d.C. para 2 de Pedro.

Pero, ¿indica Pedro que todas las epístolas de Pablo habían sido ya escritas y compiladas en un canon (2 Pedro 3:16)? ¿Es ese un argumento para suponer una fecha más tardía para 2 de Pedro? No; si uno mira de forma cercana al griego de 2 Pedro 3:16. Después de recordar a sus lectores que Pedro una vez había dirigido su atención al largo sufrimiento del Señor, entonces Pedro generaliza: “en casi todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas”. El griego está traducido correctamente como “como él lo hace en todas las epístolas”. El punto digno de atención es la ausencia del artículo. En otras palabras, Pablo escribe: “todas sus epístolas”, no “las epístolas”. Si Pedro hubiera escrito que Pablo escribió “como él lo hace en todas las epístolas”, eso implicaría que Pedro tenía en mente un grupo definido de epístolas, es decir, un canon completo. Como está, Pedro está refiriéndose simplemente a epístolas que Pablo ya había escrito. Él no excluye la posibilidad de que sean añadidas otras más.

Queridos hermanos

Finalmente, hay una nota feliz en esta sección. Tiene que ver con la relación entre Pedro y Pablo. Recuerde que el último encuentro entre Pedro y Pablo fue incómodo. En Antioquia, Pablo tuvo que reprender a Pedro públicamente porque Pedro había sometido a presión y había comprometido la libertad de los gentiles (Gálatas 2: 11 – 21). Cerramos esa sección con la suposición de que Pedro se arrepintió de su acción y que ninguna mala voluntad permanecía entre él y Pablo. Segunda de Pedro 3: 15 es la base para esa suposición. Pedro llama a su hermano apóstol “nuestro querido hermano Pablo”.

Podemos relacionar esto con los últimos años de Pedro. No hay nada que indique que Pablo habría tenido duda de confiar el cuidado de las congregaciones gentiles a Pedro. Y por lo que hemos sabido de la naturaleza generosa y desinteresada de Pedro, no hay razón para pensar que él no habría estado feliz hacerlo.

Preguntas de estudio

1. Brevemente reseñe la vida de Pedro.
2. ¿Por qué escribió Pedro su primera carta? Contraste esto de una forma general con la razón por la cual escribió su segunda epístola.
3. ¿Cuáles son algunas de las razones por las cuales los críticos modernos niegan que Pedro escribió 2 de Pedro? ¿Cómo puede usted responder a estas objeciones?
4. ¿A quién fue escrita 2 de Pedro?
5. ¿Qué problemas estaban experimentando las congregaciones a las cuales Pedro escribió su segunda carta?
6. ¿Cuál es la solución básica para todos los problemas de duda y falsa enseñanza? ¿Cómo aplica Pedro esta verdad en 2 de Pedro?
7. ¿Cuándo fue escrita 2 de Pedro?
8. Compare 2 de Pedro, capítulo 2, con el libro de Judas. ¿Qué similitudes nota usted? ¿Qué libro parece haber sido escrito primero? ¿Hubo algo malo en que Judas tomara material de Pedro? ¿Cuál fue el propósito de Judas al escribir esta epístola?

Parte Cinco

Pedro en la tradición

Los dos capítulos anteriores se enfocaron en los años concluyentes del ministerio de Pedro, un período en el que su trabajo fue eclipsado por el trabajo más dramático de Pablo y su más bien extenso cuerpo de colaboradores. No es que el trabajo de Pablo entre los gentiles fuera más importante que el trabajo de Pedro entre los judíos. Es simplemente que sabemos más de él. Pablo se benefició de que un historiador del calibre de Lucas registrara muchos de sus esfuerzos misioneros para nosotros. También obtuvimos considerable material biográfico sobre Pablo de sus 13 epístolas.

Pedro no goza de ninguno de estos beneficios. En Hechos tenemos un relato relativamente completo de su ministerio temprano en y alrededor de Jerusalén, pero esa fuente se seca completamente cuando Lucas desplaza su atención a Pablo y a sus grandes viajes misioneros. Tampoco son de gran ayuda las dos epístolas generales de Pedro para determinar su vida ni su ministerio. Estas plantean casi tantas preguntas biográficas como respuestas. Al analizarlas concluimos, tal vez de manera vacilante y tentativa, que Pedro parece haberlas escrito desde Roma, hacia el cierre de su ministerio, no mucho antes de sufrir la muerte de mártir bajo Nerón.

Pero en lo principal, esas conclusiones no están basadas en información ni en evidencia interna de las epístolas de Pedro. Son teorías e hipótesis que dependen ampliamente de la tradición. Si parecen no entrar en conflicto con el sentido claro de las epístolas, entonces uno se inclina a aceptarlas por falta de una mejor explicación. La tradición nos da alguna información - y alguna información puede ser mejor que ninguna información - pero debemos usarla con precaución, particularmente en vista del hecho de que donde hay versiones paralelas del mismo relato, las versiones a menudo difieren y a veces incluso entran en conflicto unas con otras.

La esposa y la hija de Pedro

Un ejemplo de una tradición interesante e informativa es un relato de cierto Epifanio de Jerusalén, un monje del siglo noveno. En *Hechos y fines de Andrés*, él relata algún material que es pertinente para la vida de Pedro. Epifanio afirma: “En los días de Hircano, el sacerdote y rey de los hebreos, había cierto Jonás de la tribu de Simeón. Él era un hombre pobre, y a su muerte dejó a sus dos hijos, Simón y Andrés, en gran pobreza. Ellos se alquilaron. Andrés se dedicó a una vida de absoluta continencia. Simón se casó con la hija de Aristóbulo, el hermano del apóstol Bernabé, y se dice, que tuvo un hijo y una hija... después de la muerte de su suegra él confió su esposa a Teotokos”¹⁵.

Tres puntos ameritan comentario. El primero, por supuesto, es la obvia dificultad que implica a la esposa de Pedro. Pablo, en 1 de Corintios, capítulo 9, no da la impresión de que ella hubiera sido confiada a ningún otro cuidado sino que ella estuviera, de hecho, viajando con Pedro en sus viajes. Ni existe ninguna base bíblica para la suposición de Jerónimo (fuera del silencio general acerca de ella) de que ella había muerto antes del llamado de Pedro. La literatura clementina, tanto las *Homilías* (XIII, 1, 11) como los *Reconocimientos* (II, 1; VII 25, 36) claramente afirman que ella acompañó a Pedro en sus viajes. Su relación, sin embargo, se describe en unos términos tan intencionalmente discretos como para querer decir que Pedro la guiaba como una hermana más que como una esposa - tomando prestado el término de Pablo, aunque tal vez no la intención de sus palabras.

Una “prueba” adicional de que la esposa de Pedro lo acompañó, si se puede usar el término *prueba* al citar las tradiciones,

se encuentra en la cita de Eusebio de las *Misceláneas* de Clemente. Clemente escribe: “Pues se cuenta que el bienaventurado Pedro, cuando vio que su propia mujer era conducida al suplicio, se alegró por causa de su llamada y de su retorno a la casa, y gritó fuerte para animarla y consolarla, llamándola por su nombre y diciendo: “¡Oh, tú, acuérdate del Señor!”¹⁶.

Un segundo punto de interés en el relato de Epifanio con relación a la familia de Pedro es su referencia a una hija. La tradición le asigna el nombre de Petronila. Sus desdichas serán tratadas más tarde en la discusión del escrito apócrifo los *Hechos de Pedro*.

Bernabé y Juan Marcos

Epifanio, en la cita anterior, afirma que Pedro estaba relacionado con Bernabé a través del matrimonio, estaba casado con la sobrina de Bernabé – la “hija de Aristóbulo, el hermano del apóstol Bernabé”.

Colosenses 4:10 nos dice que Juan Marcos era el primo de Bernabé (NVI). La versión King James (en inglés) tiene “hijo de la hermana”, pero los modernos lexicógrafos y traductores generalmente lo interpretan como primo. De cualquier forma, el griego representa una situación en la cual Pedro y Juan Marcos están unidos en la misma familia por matrimonio. Recuerde que en Jerusalén cuando Pedro fue milagrosamente liberado de la prisión por el ángel, él se dirigió directamente a la casa de María, la madre de Juan Marcos. De este modo Pedro puede, de hecho, haber ido al hogar de sus parientes.

Esto trae a colación la sólida tradición que defiende el compañerismo y el ministerio conjunto de Pedro y Marcos. Ya aludimos a esto en relación con 2 de Pedro. En el capítulo inicial, después de enfatizar la importancia de tener “el conocimiento de Dios y de Jesús nuestro Señor”, Pedro continúa: “Por esto, yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis y estéis confirmados en la verdad presente. Tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonestación, sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado. También yo procuraré con diligencia que, después de mi partida, vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas” (2 Pedro 1: 12 – 15). Esto suena como si Pedro estuviera prometiéndoles un registro permanente de la vida y ministerio de Cristo – en otras palabras, un evangelio. Esto está apoyado por lo que Pedro dice en el siguiente versículo. Él dice que no siguió fábulas artificiosas, sino que basó su mensaje en cosas que él mismo había visto con sus propios ojos.

Y eso es precisamente lo que la tradición afirma. Reproduciendo una cita de Papías (115 d.C.), Eusebio escribe:

“Y el presbítero decía esto: Marcos, intérprete que fue de Pedro, puso cuidadosamente por escrito, aunque no con orden, cuanto recordaba de lo que el Señor había dicho y hecho. Porque él no había oído al Señor ni lo había seguido, sino, como dije, a Pedro más tarde, el cual impartía sus enseñanzas según las necesidades y no como quien se hace una composición de las sentencias del Señor, pero de suerte que Marcos en nada se equivocó al escribir algunas cosas tal como las recordaba. Y es que puso toda su preocupación en una sola cosa: no descuidar nada de cuanto había oído ni engañar en ello lo más mínimo”¹⁷.

Como notamos anteriormente, 2 de Pedro nos deja con la impresión de que el mismo Pedro tuvo la intención de proveer un evangelio con el fin de fortalecer a los cristianos de Asia Menor. Si se siguen las tradiciones, sin embargo, se tiene una imagen un poco diferente de por qué Pedro escribió un evangelio.

De nuevo, la tradición se encuentra en los escritos de Eusebio, esta vez citando a Clemente de Alejandría (180 d.C.) como su autoridad. El escenario es Roma, donde el pueblo ha sido poderosamente impresionado por las hazañas de Pedro contra Simón el Mago y por su poderosa predicación. Clemente por lo tanto testifica:

“En cambio, el resplandor de la religión brilló de tal manera sobre las inteligencias de los oyentes de Pedro, que no se quedaban satisfechos con oírle una sola vez, ni con la enseñanza no escrita de la predicación divina, sino que con toda clase de exhortaciones importunaban a Marcos – de quien se dice que es el Evangelio y que era compañero de Pedro – para que les dejase también un memorial escrito de la doctrina que de viva voz se les había transmitido, y no le dejaron en paz hasta que el hombre lo tuvo acabado, y de esta manera se convirtieron en causa del texto del llamado Evangelio de Marcos. Y dicen que el apóstol, cuando por revelación del Espíritu supo lo que se había hecho, se alegró por la buena voluntad de aquellas gentes y aprobó el escrito para ser leído en las iglesias”¹⁸.

Ireneo, en su escrito *Contra las Herejías*, está sustancialmente de acuerdo con este relato, pero con una diferencia probable. Él dice: “Después de la muerte de éstos (Pedro y Pablo), Marcos, el discípulo e intérprete de Pedro, nos transmitió por escrito, él también, lo que Pedro había predicado”¹⁹. ¿Indica la palabra griega para partida muerte o simplemente una salida, es decir, una partida a otro lugar? Es la misma palabra que Pedro usó en su segunda epístola (1:13), donde él habla de abandonar “este cuerpo”. Con base en eso, uno estaría inclinado a pensar en la muerte. Entonces las tradiciones, sin embargo, no estarían de acuerdo – Clemente de Alejandría cuando dice que Marcos escribió el libro durante la vida de Pedro, e Ireneo cuando dice que la escribió después de la muerte de Pedro. Pero eso tal vez no necesita preocuparnos indebidamente, viendo que son divergentes también en otros puntos. Los puntos sobre los cuales las tradiciones están de acuerdo son, por supuesto, para nada imposibles, es decir, que Marcos escribió el evangelio después de una larga asociación con Pedro.

Pero debemos recalcar el asunto y preguntar: ¿Fue este texto escrito en Roma y para la audiencia romana? A menudo, mucho tiene que ver con el estilo eficiente y serio de Marcos. Se determina entonces que tal estilo apelaría a la mente romana. No es siempre fácil analizar y apreciar el modo de pensar romano. Tal vez es cierta la observación de que a los romanos les habría gustado el estilo de Marcos, pero hay algo que es, de alguna manera, una evidencia más tangible para una audiencia lectora romana y es la presencia de latinismos en Marcos. Por ejemplo, el griego tiene un término normal para el capitán de cien hombres, pero Marcos transcribe al griego, el término latino para centurión. O, él evalúa la pobre contribución de la viuda al templo diciendo a sus lectores que sus dos blancas equivalen a un *cuadrante*, aparentemente asumiendo que sus lectores se relacionarían más fácilmente el sistema monetario romano (un cuadrante es un cuarto de un *asarion* romano).

Agreguemos a esto el hecho de que Marcos describe de manera vívida hechos de los cuales Pedro fue testigo visual. También consideremos que de todos los evangelistas, Marcos es el que menos se restringe en cuanto al registro de las fallas y las debilidades de Pedro, lo cual sucedería solo si Pedro, en humildad, estuviera asegurándose personalmente de que esas historias fueran conocidas. Basados en esta evidencia, uno no necesita tener ningún recelo con respecto a aceptar la mayor parte de lo que la tradición dice acerca de la relación entre Pedro y Marcos. Eso nos dejaría con la conclusión de que después de la larga asociación con Pedro y su predicación, Marcos escribió su evangelio en Roma, poco antes o poco después de la muerte de Pedro.

Los libros no canónicos

Al tratar con el evangelio de Marcos, estamos, por supuesto, tratando con un libro canónico, escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo, en cuya tradición de autoría se dice que Pedro tuvo una mano. Sin embargo, la mayoría de los escritos de los cuales la tradición reclama que Pedro, o bien fue el autor, o dio el material son de una naturaleza muy diferente. Su imposibilidad para ser incluidos en el canon se vuelve evidente casi inmediatamente después de que uno empieza a leerlos. Están llenos de elementos románticos y sensacionales o, aún peor, con flagrante falsa doctrina.

Los escritos tradicionales o apócrifos en los cuales Pedro figura en un grado más grande o más pequeño son casi demasiado numerosos para contarlos. Hay muchos en los cuales él es mencionado conjuntamente en el título, por ejemplo, los *Hechos de Pedro y Andrés* y los *Hechos y pasiones de Pedro y Pablo*.

En esta breve visión general, nos restringiremos a aquellos escritos en los cuales Pedro es mencionado como la figura central. Eso reduce el número a cinco o seis. Con respecto al género, ellos hacen un paralelo entre los varios tipos de libros encontrados en nuestro Nuevo Testamento. Está el *Evangelio de Pedro* y los *Hechos de Pedro*. Hay una *Epístola de Pedro a Santiago*, un *Apocalipsis de Pedro*, y existen dos colecciones, más bien fragmentarias y a menudo combinadas y confundidas: *La Predicación de Pedro* y *Los Sermones de Pedro*.

Consideraremos primero los más cortos. Tenga en mente que estos documentos son fragmentarios, y cuando hay referencia a una traducción de estos al inglés, es a menudo una compilación de las varias versiones en un relato relacionado – tan bien como puede hacerse. Cuando avancemos, note que hay referencia al número de páginas que cubren en *The Apocryphal New Testament* (Apócrifos del Nuevo Testamento), traducido por M.R. James, con el fin de darle una idea de la extensión aproximada de los documentos, tan bien como pueden ser reconstruidos. El trabajo de James fue publicado en 1924 por Oxford University Press y el tamaño de la página es el tradicional de 4 y medio por 7 pulgadas.

El evangelio de Pedro

Hasta hace muy poco, todo lo que se conocía acerca de este libro era de una cita de Eusebio. Él conservó una carta de un cierto Serapión, obispo de Antioquía de cerca del año 200. Parece que Serapión había aprobado el *Evangelio de Pedro* para lectura pública.

Sin embargo, investigación posterior mostró que había falsa doctrina en el libro. En consecuencia, él escribió una epístola a la congregación en la ciudad de Rhossos (en Cilicia, Asia Menor) retractándose de su aprobación.

Un fragmento del *Evangelio de Pedro* fue realmente encontrado en tiempos modernos. Un pergamino que contenía una porción de este (cinco páginas en *The Apocryphal New Testament*) fue descubierta en Ajmin en Egipto en 1886. El pergamino está defectuoso en ambos extremos, pero en el medio encontramos un interesante relato de la pasión de Cristo y de la resurrección. En lo principal, refleja información que encaja perfectamente con: Mateo, Marcos, Lucas, y Juan. Ya que el manuscrito es fechado hacia más o menos el año 150 d.C., el autor, quien escribe en primera persona como Pedro, pudo por supuesto haber estado familiarizado con todos los cuatro evangelios canónicos.

Sin embargo hay algunas diferencias. En el relato de ruptura de las piernas de los criminales, las piernas del malhechor arrepentido no son rotas. El motivo que se da es el encono. Los soldados querían hacerlo sufrir más tiempo debido a que había confesado a Cristo como Salvador.

También, hay un embellecimiento en el relato de la resurrección. Con respecto a los guardias en la tumba, se dice que hubo una gran luz, que la piedra se rodó de la tumba, y que dos hombres entraron en ella. Y entonces:

Advierten de nuevo tres hombres saliendo del sepulcro, dos de los cuales servían de apoyo a un tercero, y una cruz que iba en pos de ellos. Y la cabeza de los dos (primeros) llegaba hasta el cielo, mientras que la del que era conducido por ellos sobrepasaba los cielos. Y oyeron una voz proveniente de los cielos que decía: “¿Has predicado a los que duermen? Y se dejó oír desde la cruz una respuesta: “Sí”²⁰.

Serapión había dicho que el documento fue corrupto por el Docetismo. Los Docetistas enseñan que el divino Cristo se encontró con el Jesús humano solamente en su bautismo, habilitándolo de esta forma para hacer sus milagros. Sin embargo, ese divino Cristo, dicen ellos, lo dejó más tarde. Es por eso que Jesús pudo ser capturado y sometido a muerte. Serapión parece haber tenido algo sobre lo cual basarse, porque en el relato del Viernes Santo, después de que la oscuridad había caído sobre la tierra, el Evangelio de Pedro dice que

Jesús había gritado: “¡Fuerza mía, fuerza (mía), tú me has abandonado”²¹.

El Apocalipsis de Pedro

El Evangelio de Pedro, tal vez debido a la sospecha de herejía, nunca parece haber disfrutado de amplia popularidad. Otro escrito atribuido al apóstol, el *Apocalipsis de Pedro*, tuvo una circulación más amplia. Parece haber sido aceptado como canónico en muchos sectores de la iglesia, en algunos sectores en el siglo quinto. Fue incluido en un documento temprano, el Canon Muratoriano, aunque con la reserva de que algunas personas objetaron leerlo en el servicio público.

Clemente de Alejandría escribió un comentario sobre el mismo. Un fragmento de este comentario griego fue también encontrado en Ajmin, Egipto, en 1886 (junto con el *Evangelio de Pedro*). En 1907 un texto etíope fue publicado. Haciendo una combinación de estas dos ediciones, M.R. James pudo reproducir lo que parece ser el libro casi completo. Tiene 19 páginas, 505 a 524, en la edición de James.

El *Apocalipsis* es esencialmente una “revelación” de lo que le espera a los hombres después de la muerte. Su tema central es el cielo y el infierno; sin embargo, el autor está claramente preocupado con el infierno. Su característica distintiva es el embellecimiento. En ningún lugar de la Escritura existe nada tan remotamente fantástico como la descripción que hace el *Apocalipsis* de los horrores del infierno. Su verdadero ancestro parece ser la mitología griega, en vez de la Escritura. En la mitología griega leemos acerca del viaje de Odiseo a través del infra mundo, donde están, entre otras cosas, los Campos Elíseos, el lugar de los benditos. Es un campo abierto, brillante y soleado, con algunas flores, Pero prácticamente ese es todo el alcance del relato; no es descrito en mucho detalle. Todo el énfasis de la descripción de Homero del viaje de Odisea a través del infra mundo está en los ingeniosos castigos que visitan a los grandes pecadores del mundo antiguo.

Precisamente el mismo patrón se encuentra en el *Apocalipsis de Pedro*. El *Apocalipsis de Pedro* muestra a Jesús llevando a los discípulos a un monte donde ellos le piden: “Muéstranos a uno de nuestros justos hermanos que [haya] partido del mundo, que nosotros (podamos) veamos qué especies de hombre son, y tomar ánimo, y animar también a los hombres que nos escucharán”²². Entonces sigue una escena muy parecida a la Transfiguración. Aparecen dos hombres, a quienes los discípulos no pueden soportar mirar. Pero Pedro,

hablando ahora en singular, describe el cielo como le fue mostrado por Dios. Él dice:

El Señor me mostró una gran región fuera de este mundo, excesivamente brillante de luz, y el aire de ese lugar (estaba) iluminado con los rayos del sol, y la tierra floreciendo con capullos que no se marchitaban, y lleno de especies y plantas, que florecían hermosas e incorruptibles, y dando fruto bendito. Y tan enorme era el florecimiento que el aroma de allá era llevado desde allí incluso a nosotros. Y los moradores en ese lugar estaban vestidos con el ropaje de ángeles resplandecientes, y su ropaje era como hasta su tierra²³.

Demasiado para el cielo. Unas pocas líneas agotan la descripción de Pedro. Él se apresura a seguir con el siguiente tema, el infierno. “Y vi también otro lugar contra ese, muy escuálido; y era el lugar de castigo”. Y la escualidez de este lugar lo ocupa por el resto del *Apocalipsis*. Una mera muestra tendrá que ser suficiente para nosotros. Pedro dice:

Y algunos estaban allá colgando de sus lenguas; y estos eran los que renegaron del camino de la justicia, y bajo ellos el fuego era llevado, llameando, atormentándolos. Y había un gran lago lleno de lodo que llameaba, en donde estaban ciertos hombres que se apartaron de la justicia, y ángeles, atormentadores, estaban sobre ellos. Y había también otros, mujeres, colgadas por su pelo sobre ese lodo el cual hervía, y estas eran las que se adornaban para el adulterio. Y los hombres que se unieron con ellas en la contaminación del adulterio estaban colgando por sus pies, y tenían sus cabezas escondidas en el lodo y decían: “no creímos que deberíamos venir a este lugar”²⁴.

Y así sucesivamente.

Una sección grande es dedicada a los padres que se han hecho culpables de seguir la práctica griega de matar a los bebés no deseados al exponerlos a los elementos. Un cuerpo especial de ángeles “guardianes” es incluso creado para cuidar de estos infantes infortunados.

Y ubicado justo al lado de los que expusieron a los niños a los elementos están las mujeres a quienes el *Apocalipsis* califica como

que “concibieron fuera del matrimonio y causaron aborto”. Hoy en día estamos enfrentados con un número aún mayor de abortos, incluyendo muchos dentro del matrimonio, pero es significativo que ya en los siglos segundo y tercero, la iglesia encontraba necesario, aún en escritos apócrifos, subrayar la santidad de la vida.

El *Apocalipsis* sirvió como un modelo para el Infierno de Dante. Por ejemplo, cuando Dante confina a ciertos papas al infierno, los encontramos atorados en hoyos en el flameante infierno, y sólo se ven sus pies. Ellos están sufriendo el mismo final que los adúlteros del *Apocalipsis*, colgando por sus pies, con sus cabezas escondidas en el lodo que hierve. Tal vez sea un poco apropiado que un Pedro apócrifo idee un modelo de castigo para sus sucesores apócrifos.

La Predicación de Pedro

Se sabe muy poco acerca de *La Predicación de Pedro*. Lo que se conoce es conservado en su mayoría en citas preservadas por Clemente de Alejandría (Stromata I.29, VI. 5,6). M.R. James reúne cuatro páginas de citas y fragmentos, ninguna de las cuales tiene cohesión muy próxima. El escrito parece haber sido algo así como un manual para predicación de misión, un tipo de manual primitivo “God’s Great Exchange” (El gran intercambio de Dios), si se quiere. Su base es el mandamiento de misión del Señor de Mateo capítulo 28 de ir y predicar el evangelio a todo el mundo.

Una característica significativa del documento es un uso temprano, si no *el* uso más temprano, de la frase “la tercera generación”, o “la tercera estirpe”, señalando al cristianismo como una alternativa al helenismo y el judaísmo.

Pero tal vez de más grande interés para nosotros es el hecho de que este escrito apócrifo alude a lo que se convirtió en la tradición tipo, es decir, que los apóstoles primero permanecieron por 12 años en Jerusalén. Se supone que el Señor dijo: “Si entonces cualquiera de Israel se arrepiente para creer en Dios por medio de Mi nombre, sus pecados le serán perdonados, y después de doce años id vosotros al mundo, para que nadie diga: no escuchamos”²⁵.

Los Sermones de Pedro

El alcance de los gentiles que es previsto en *La Predicación de Pedro* es fuertemente contradicha en los otros escritos cuyo título es tan cercano a ese, *Los Sermones de Pedro*. El alcance de *Los Sermones*

es amplio, y está integrado por una serie de documentos, que incluyen las *Homilías* clementinas, los *Reconocimientos* clementinos, y una curiosa carta llamada *La Epístola de Pedro a Jacobo*. La última es una epístola que da a entender que es de Pedro a Jacobo, el líder de la iglesia de Jerusalén. Lo que es curioso es que directamente da contraórdenes contra las instrucciones para compartir la Palabra con los gentiles, lo cual encontramos en *La Predicación de Pedro*. Pedro instruye a Jacobo para que los libros que contienen sus sermones no deben ser mostrados a los gentiles. Él solicita, de hecho, que sus libros sean ocultados incluso a los conversos judíos hasta que se pueda confiar completamente en ellos.

En un documento acompañante, el cual llegó a ser anexado a la carta, hay un informe de cómo Jacobo manejó el asunto. Él y los ancianos de Jerusalén estuvieron de acuerdo en que sólo a personas que hubieran pasado por un período probatorio de seis años, les fueran dados los libros de Pedro y en ese momento, sólo si tomaban un voto solemne de mantener el secreto.

Esta epístola podría ser descartada como una mera novedad si no fuera por el hecho de que algunas teorías han sido desarrolladas a partir de ella, refiriéndose a la supuesta división entre Pedro y Pablo. Algunos dicen que el conflicto entre Pedro y Simón el Mago (que más adelante será tratado en *Los Hechos de Pedro*) es realmente sólo una referencia sutilmente oculta al antagonismo entre Pedro y Pablo. Esta gente también ve un desarrollo similar en la epístola a los Gálatas, en la cual ellos imaginan que Pablo a lo largo de la carta está realmente gritando a Pedro, no reprendiendo a los judaizantes. La insinuación es que hay dos evangelios distintos.

La idea de la existencia de dos evangelios distintos – El evangelio de Pedro *para los judíos* y el Evangelio de Pablo *para los gentiles* – está todavía muy viva en ciertos círculos aún hoy en día. En su publicación de 1976 *Pablo entre los judíos y los gentiles*, el teólogo luterano sueco Krister Stendahl afirma llanamente que Pablo fue llamado a predicar el plan de Dios de la salvación por fe en Cristo sólo a los gentiles. Stendahl deja bien abierta la posibilidad de que puede haber un plan de salvación completamente diferente, actualmente conocido sólo por Dios, con el cual todos los judíos serán salvados.

La literatura “clementina”

La literatura clementina (tanto las *Homilías* como los *Reconocimientos*) no necesita detenernos. En ambas, Pedro es principalmente un rastro. Sus viajes son el marco en el cual tienen lugar los reconocimientos. Mientras sigue junto con Pedro, Clemente

(más tarde el obispo de Roma) primero descubre sus dos hermanos perdidos hace largo tiempo, Nicetas y Aquiles. Los tres en su momento encuentran y reconocen a su madre, Matidia, y finalmente también a su padre, Fausto, a quien han creído muerto por largo tiempo. Este tema del reconocimiento imita de forma muy cercana un género de literatura romántica que se encuentra también entre los paganos, que se remonta a *Ifigenia en Táuride* de Eurípides.

Los Hechos de Pedro

El cuerpo de literatura apócrifa petrina más largo y tal vez el mejor conocido es *Los Hechos de Pedro*. El original griego se ha perdido en su mayoría. Lo que sobrevive ha venido en gran manera a través de un manuscrito latino, al cual generalmente se refieren como los *Hechos de Vercelli*. Una parte de la primera porción está perdida. Lo que está perdido parece ser material que trataba sobre el trabajo de Pedro en Judea.

Un fragmento copto conserva una historia que generalmente se cree que pertenece a esta primera porción perdida. Es una historia a la cual ya nos referimos antes, acerca de la hija de Pedro, Petronila. Sin embargo, Petronila es descrita como una hermosa joven que está paralizada de un lado. Cuando Pedro realiza sanidades de cualquier número de aflicciones entre la gente, la incongruencia de la situación golpea a algunos de los observadores. Ellos exigen saber por qué él no sana también a su propia hija. Pedro duda en explicar. Cuando él es acosado, él le permite levantarse y caminar, pero ella inmediatamente vuelve a su estado paralítico. Finalmente, después de mucho acoso, Pedro explica que esto es para protegerla.

Entonces sigue la historia del cortejo demasiado apasionado, Tolomeo, quien después de tener un inadvertido vistazo de Petronila bañándose, se obstinó en ganarla para él fuera por medios justos o sucios. Cuando Tolomeo se llevó a Petronila, Pedro oró por su seguridad, y ella fue golpeada con la parálisis. Tolomeo, al ver lo que su pasión había hecho, se arrepintió y se convirtió, pero murió pronto después. Petronila continuó viviendo, segura en su parálisis y aparentemente feliz de ser que se le hubiera librado de azares maritales.

Semejante ascetismo es un tema recurrente en los *Hechos de Pedro*. De hecho, un patrón bastante consistente en toda su literatura es que las mujeres que se convirtieron al evangelio rechazaron las solicitudes de sus maridos.

Como fue anotado, sólo existe el texto latino del cuerpo principal de *Los Hechos de Pedro* propiamente dicho. Cubre 36 páginas en la traducción de James y recoge la historia con Pedro en Judea y Pablo en Roma. Aparentemente Pablo acababa de ser liberado de prisión y estaba contemplando qué plan de acción seguir. Los *Hechos* informan: “Pablo ayunó durante tres días, demandando a Dios qué era para él lo más conveniente. Tuvo así una visión en la que el Señor le decía: “Pablo, levántate y sé con tu presencia el médico (de los) que están en España”²⁶.

Cuando Pablo estaba dejando la congregación de Roma, los *Hechos* reportan: “Llevaron a Pablo pan y agua como sacrificio, para que, tras la oración, los distribuyera a cada uno”²⁷. Un par de detalles parecen referirse a ideas y a enseñanza que surgían en el tiempo que los *Hechos* fue escrito. Note que el vino fue sustituido por agua, lo cual puede revelar una actitud ascética y una aversión al alcohol. Tal vez igual de significativa es la afirmación de que ellos le trajeron el pan y el agua para el “sacrificio”. Aparentemente la opinión de que la celebración de la Cena del Señor es un sacrificio estaba ya comenzando a manifestarse aquí.

En medio de mucho llanto y predicciones pesimistas de que toda la congregación flaquearía en la ausencia de Pablo, el apóstol es enviado por su gente. Ajustadas a las predicciones, las cosas sí se tuercen pronto cuando Simón el Mago viene a la ciudad con señales falsas y maravillas y aleja a todos los cristianos excepto a Narciso, el presbítero y seis mujeres fieles. Tal vez la pérdida más dolorosa es la de Marcelo, el senador romano cuya casa anteriormente estaba abierta para los cristianos pero quien ahora está hospedando a Simón.

Ese cambio en los eventos es el signo para que Pedro deje Jerusalén en obediencia a una visión del cielo, que le dice que combata a Simón, su viejo adversario de Samaria. La presencia de Pedro a bordo del barco a Roma trae vientos tan favorables que el viaje se puede hacer en seis días, interrumpido convenientemente sólo por una calma temporal, durante la cual Pedro bautiza al capitán del barco al sumergiéndolo en el mar con una cuerda.

En Roma, Simón, ahora firmemente atrincherado en la casa de Marcelo, rehúsa reconocer la presencia de Pedro en el portón exterior de la casa. Pedro ingeniosamente le da al perro guardián el don de hablar, y lo envía adentro para comunicar su reto a Simón. Cuando

Simón ignora el reto, Pedro lo repite, esta vez desde la boca de un niño lactante de siete meses. De nuevo Simón habría ignorado el reto, pero Marcelo, decepcionado por la cobardía de Simón, en persona lo saca de su casa.

Simón ahora debe enfrentar a Pedro. El examen de quién es más fuerte viene cuando Nicóstrato, el único hijo de una viuda, es traído sobre un féretro funerario (la historia se parece al relato de la viuda de Naín). Con este fraude Simón es capaz de dar a Nicóstrato alguna apariencia de vida, incluso haciendo que el joven se incorpore y salude a Pedro y a la multitud.

Esto impresiona a la multitud hasta que se dan cuenta que él no se puede levantar del féretro funerario. Pedro por supuesto lo restaura a la vida completamente y con eso gana nuevamente a su congregación. Totalmente disgustado, Simón promete vencer a Pedro volando al cielo y a Dios, “de quien soy la Fuerza”, reclama. Y aparentemente él lo habría hecho también, pero cuando él estaba encima de las azoteas de Roma, Pedro oró: “Apresura, Señor, tu gracia; caiga Simón desde arriba y quede inútil. Que no muera, pero que no pueda hacer nada con su pierna rota por tres lugares”²⁸. A lo cual los *Hechos* reportan: “Cayó Simón desde lo alto y se partió la pierna por tres sitios. Entonces lo lapidaron y cada uno se volvió a su casa. Por lo demás, todos creyeron en Pedro”²⁹. Sin embargo, Simón encontró amigos para que le proveyeran alguna ayuda médica, pero aparentemente la cura fue peor que la enfermedad, por lo que se nos dice: “Allí, tras amputarle la pierna, halló su fin Simón, el ángel del diablo”³⁰.

Se pensaría que ahora todo debería marchar bien para Pedro, pero el ascetismo que él supuestamente predicó vuelve para perseguirlo. Las mujeres que lo siguieron constantemente resisten las solicitudes de sus maridos y la oposición contra Pedro crece, particularmente de un Agripa, quien se sintió injustamente privado de cuatro concubinas.

Ante la exhortación de su congregación, Pedro renuente sale de Roma encubierto, pero cuando se está yendo se encuentra con Jesús, quien está entrando a Roma. En su sorpresa, Pedro pregunta: “Señor, ¿a dónde vas?” (“Domine, ¿quo vadis?”) Cuando Jesús responde: “Voy a ser crucificado nuevamente”, Pedro sabe que el Señor se está refiriendo a lo que Pedro está haciendo al abandonar su llamado. Pedro cae en cuenta de su deber y vuelve a Roma, donde es condenado y crucificado, con la cabeza hacia abajo, por su propia solicitud.

El entierro de Pedro

Los Hechos de Pedro terminan en una nota extraña. Recuerde cómo Nicodemo pidió el cuerpo de Jesús para poder enterrarlo. La contraparte de Nicodemo en la historia actual es el fiel Marcelo. Él descolgó el cuerpo de Pedro y le hubiera dado un entierro honorable, pero Pedro vino a él en una visión esa noche y le dijo: “Marcelo, ¿no has oído al Señor que dice: deja que los muertos entierren a sus propios muertos? Marcelo respondió: “sí”³¹. De acuerdo con los *Hechos* parecería entonces que Marcelo *no* enterró a Pedro. Eso suena mucho como una tradición primitiva designada a explicar por qué la iglesia romana no sabe dónde está enterrado un mártir tan importante como Pedro.

Pero ¿realmente el entierro de Pedro fue en Roma? Primero refirámonos a la tradición general de que el de Pedro fue en Roma. Después de eso podemos retomar la pregunta de si fue enterrado allá.

El Nuevo Testamento no establece para nosotros que Pedro estuvo en Roma alguna vez. Lucas en Hechos no nos dice nada de eso. De hecho, la llegada de Pablo a Roma en su viaje de cautividad y su encuentro con los judíos allá (Hechos 18: 17 y siguientes) sugiere muy fuertemente lo contrario, es decir, que Pedro todavía no había estado allá. Ni hay ninguna pista en la epístola de Pablo a los Romanos de que Pedro está o ha estado presente entre ellos – mucho menos que él ha sido su obispo por 25 años. Que Pablo salude a casi dos docenas de personas en el capítulo de cierre de Romanos y todavía se niegue a mencionar a su obispo es impensable.

Además, si Pedro había iniciado una congregación en Roma, el principio de Pablo de no construir sobre la base de otro hombre seguramente habría descartado que hiciera un viaje allá después de su tercer viaje misionero.

Cuando tratamos 1 de Pedro también nos referimos al saludo que fue enviado desde Babilonia. Allí el término *Babilonia* puede ser una palabra en código que se refiere a “Roma”, pero esa interpretación *depende* de la tradición; no *establece* el hecho de que Pedro haya estado en Roma.

Entonces es la tradición y no el Nuevo Testamento la que lleva a Pedro a Roma. Pero esa tradición es tanto masiva como conveniente. Desde el tiempo más primitivo, la tradición afirma que Pedro finalmente fue a Roma para el martirio. No podemos citar todas estas tradiciones aquí, pero citaremos ejemplos que comienzan en el cambio de siglo, en el siglo primero.

Clemente de Roma (no después del año 100 d.C.), hablando en el contexto del martirio de Pablo, dice que Pedro “sufrió no una ni dos, sino muchas fatigas y, tras haber dado testimonio de esta manera, marchó al lugar de la gloria que le era debido” (1 Clemente 5: 4).

Ignacio, el obispo de Antioquía, quien estaba enterado de que él mismo estaba en su camino al martirio en Roma, escribe a los Romanos, instándolos para que no intervengan ni impidan su martirio. Sin embargo, él afirma: “No te ordeno, *como hicieron Pedro y Pablo*” (*Ignacio a los Romanos 4:3*). Aunque no se afirma de manera específica, la implicación de este comentario es que Pedro y Pablo habían estado en Roma.

La tradición explícita empieza hacia el fin del siglo segundo. Eusebio cita a Dionisio, el obispo de Corinto aproximadamente en el año 175 d.C., diciendo: “Porque después de plantar ambos [Pedro y Pablo] en nuestra Corinto, ambos nos instruyeron, y después de enseñar también en Italia en el mismo lugar, los dos sufrieron el martirio en la misma ocasión”³². Hay detalles aquí que uno podría cuestionar, pero es improbable que toda la base de la tradición, es decir, una cooperación entre Pedro y Pablo en Roma, fuera falsa.

Ireneo, más o menos en el mismo tiempo, escribe sobre “Pedro y Pablo predicando en Roma y sentando la base de la iglesia” (*Contra las Herejías III.1.1*). De nuevo, podemos cuestionar la fundación conjunta de la iglesia de Roma, pero alguna fase de trabajo conjunto no sería imposible.

Tertulio se refiere a tres martirios en Roma: los de Pablo, Pedro y Juan – Juan había sido sumergido en aceite hirviendo pero sacado ileso.

Orígenes conserva la tradición de que Pedro fue crucificado en Roma con la cabeza boca abajo³³.

Eusebio también reporta que un cierto Cayo, nacido en el tiempo del obispo Zeferino (199 – 217 d.C.), al discutir con un cierto Proclo, trata de confirmar su argumento al decir: “Yo, en cambio, puedo mostrarte los trofeos de los apóstoles, porque, si quieres ir al Vaticano o al camino de Ostia, encontrarás los trofeos de los que fundaron esta iglesia”³⁴. La palabra problemática es *trofeos*. ¿Se refiere ésta a una marca, o un monumento conmemorativo, o son las tumbas mismas? Con todo, el argumento completo acerca de los trofeos – la de Pedro en la colina del Vaticano y la de Pablo en el camino de Ostia – perderían su relevancia a menos de que tanto Pedro como Pablo hubieran estado en Roma.

Para resumir: Pedro no parece haber fundado la iglesia de Roma ni haber vivido allá por una porción grande de su vida. Él no estuvo allá cuando Pablo escribió su epístola a los Romanos ni cuando Pablo fue allá como prisionero. Pedro probablemente fue a Roma hacia el final de su carrera y tuvo un ministerio limitado allí, al cual en alguna forma se sobrepuso con el de Pablo. Él probablemente sufrió el martirio allá, como Pedro, pero que eso fue al mismo tiempo que la muerte de Pablo es imposible de probar.

Pero, ¿está Pedro enterrado en la colina del Vaticano, bajo la actual catedral de San Pedro, como el pío sentimiento católico insiste con resolución? Para información sobre eso, necesitamos examinar los resultados que fueron publicados después de la excavación y la investigación bajo la catedral en relación con alteraciones emprendidas en 1939. Robert T. O'Callaghan, S.J. de la Fordham University, presentó un informe en la revista *Biblical Archaeologist* (El arqueólogo bíblico) de febrero de 1949 y diciembre de 1953. Él, de manera predecible, anunció un hallazgo significativo. Bajo el altar, en tierra virgen en un espacio abierto que en otro tiempo fue un cementerio pagano, fueron encontrados los restos de una estructura de bloques de mármol que parece haber sido el rasgo central alrededor de la cual Constantino diseñó su basílica en el siglo cuarto. El artículo de la *Biblical Archaeologist* (El arqueólogo bíblico) incluye el boceto de un artista. O'Callaghan fue cauteloso. Lo máximo que dijo fue que parecía ser un monumento conmemorativo, o marca, con esperanza el "trofeo" al cual se refirió Cayo.

¿Pero es este el lugar de entierro de Pedro o simplemente un monumento? O'Callaghan permaneció cauteloso, a pesar del hecho de que fueron encontrados huesos humanos bajo la antigua estructura, huesos los cuales, en un estudio posterior, se determinó que eran de "un hombre anciano de poderoso crecimiento físico"³⁵. El jesuita O'Callaghan obviamente lo arreglaría para dejarlo ser el monumento de Pedro en vez del lugar real del entierro. Aquellos que estén interesados en los detalles arqueológicos encontrarán una considerable cantidad de material técnico en las ediciones de 1949 y de 1953 de la *Biblical Archaeologist*. Un tratamiento más popular fue publicado en la edición del 27 de marzo de 1950 de la revista *Life*.

Que Pedro estuvo en Roma en alguna oportunidad es probablemente la única generalización que podemos sacar de toda la tradición que involucra a Pedro. Colectivamente, la tradición nos da algunas cosas que indudablemente son verdad y son útiles, muchas cosas que son verosímiles o probables y algunas cosas que son obviamente incorrectas. Y sin embargo ninguna de ellas es

absolutamente esencial. Las escrituras canónicas nos dan todo lo que necesitamos saber para la salvación y también nos dan la única información confiable sobre Pedro.

Las Escrituras de Dios pintan para nosotros un muy cálido y humano discípulo y apóstol, un hombre con obvias faltas y debilidades, pero también una entusiasta y enérgica alma maravillosamente transformada por el Salvador en un ganador de almas. Ellos pintan a un ministro de Cristo dispuesto a servir en posiciones elevadas o bajas, en honor y en deshonor. Constantemente lo vemos alimentando y protegiendo a las ovejas y a los corderos que le fueron confiados por el Salvador. Así, Pedro sirve admirablemente como un ejemplo para todos nosotros.

Preguntas de estudio

1. Para prepararse para este capítulo, es útil saber algo acerca de los otros libros que fueron escritos en la iglesia primitiva. Lea un artículo sobre los libros apócrifos del Nuevo Testamento o discuta esto en su clase bíblica.
2. Nombre algunos de los libros apócrifos del Nuevo Testamento acerca de Pedro.
3. Los libros que encontramos en nuestra Biblia son muy superiores a los libros que no fueron incluidos en el canon (los 27 libros de nuestro Nuevo Testamento). ¿Cómo caracterizaría el contenido general de las historias acerca de Pedro que se encuentran en estos libros? Analícelas con base en una o más de las siguientes categorías: doctrina, consistencia entre los diferentes relatos, propósito para el cual fueron escritos, y contenido general.
4. ¿Existe algún valor para nosotros en las tradiciones acerca de Pedro? Discuta las siguientes aplicaciones posibles:
 - a. Lugar, fecha y propósito de las dos epístolas de Pedro
 - b. La relación de sangre entre Pedro, Bernabé y Juan Marcos
 - c. El evangelio de Marcos
5. La iglesia católica romana naturalmente da un papel muy importante a la tradición. ¿Por qué está esta vitalmente interesada en establecer que Pedro vivió en Roma por un largo tiempo? ¿Qué porcentaje de la relación de Pedro con Roma encontramos en la Biblia?
6. ¿Qué conclusiones tentativas (y, de alguna manera, generales) podemos sacar acerca de los últimos años de la vida de Pedro, sólo con base en la tradición?
7. Haga una reseña final de la vida de Pedro sólo desde la Escritura. ¿Por qué la Biblia permite a Pedro apagarse en el trasfondo? ¿Por qué puede ser contraproducente para el propósito que el Señor parece haber tenido en la forma como registró la vida de Pedro, una cantidad excesiva de atención a los últimos años del mismo?

Notas finales

¹ Debe ser notado en principio que cualquier intento de sacar la cuenta de la frecuencia de aparición de un nombre será complicado por el problema de los diferentes significados en el texto. Sin embargo, se pueden hacer algunas generalizaciones. El nombre hebreo Simeón aparece sólo dos veces, si se permite ese significado en 2 de Pedro 1:1. El único uso no cuestionado de eso es en Hechos 15:14 donde Jacobo en la asamblea de Jerusalén está haciendo un llamamiento de atención a una audiencia decididamente judía. Pero incluso la NVI (*Nueva Versión Internacional*) relega el significado Simeón a las notas de pie de página y traduce el versículo como “Simón nos ha expuesto cómo Dios desde el principio tuvo a bien escoger de entre los gentiles un pueblo para la honra de su nombre”.

El nombre griego Simón, sin embargo, aparece unas 46 ó 47 veces. Lo que es significativo para anotar es que virtualmente todas estas datan de la parte temprana de la vida de los apóstoles – del período de su entrenamiento y discipulado. O para ponerlo de manera diferente, vienen de los relatos del evangelio. Fuera de los evangelios, él casi nunca es llamado Simón. Sólo hay cuatro casos en Hechos y el debatido que ya se mencionó, de 2 de Pedro.

Cefas aparece sólo nueve veces en el Nuevo Testamento. La única vez que se usa con referencia a la vida temprana de Pedro es en el relato de Juan en el cual Jesús, en el Jordán, llama a Pedro a ser su discípulo y le dice: “Tú eres Simón hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas – es decir, Pedro”. (Juan 1:42). Que este nombre arameo nunca se convirtió en una designación común es evidente por el hecho de que se usa muy rara vez en la Escritura. Adicionalmente al pasaje de Juan, aparece cuatro veces en la correspondencia de Pablo a los Gálatas y cuatro veces en 1 de Corintios. En ambos casos, Pablo está hablando a congregaciones que aparentemente habían estado en contacto cercano con emisarios de Jerusalén. Aparentemente era sólo entre ellos (es decir, gente de Jerusalén) que el nombre Cefas era de uso común.

Con mucho, el nombre más común, con unas 150 apariciones en la Escritura, es el nombre Pedro. De hecho, casi se convierte en el nombre exclusivo para el apóstol en los años tempranos después del Pentecostés cuando el liderazgo de Pedro es muy evidente. En Hechos, por ejemplo, el nombre Pedro aparece 56 veces comparada con los escasos cuatro casos en que se usa Simón. Pedro, la “roca” parece ser la designación común con la cual la iglesia primitiva conoció a este gran discípulo

² Unos cuatro siglos antes de esto, un griego, Alejandro el Grande, conquistó gran parte del mundo antiguo. Él tomó la cultura griega con él, y pronto el mundo estaba hablando en griego como segunda lengua y estaba familiarizado con el aprendizaje, la religión y las artes griegas. Esta expansión de la cultura griega se llama helenismo.

³ Ver Gálatas 2:7. La NVI la traduce como “a los judíos”. Sin embargo, ver la nota de traducción.

⁴ La NVI la traduce como “mercado”. Pero el griego literalmente dice “una casa de mercancía”.

⁵ La palabra diáspora significa “dispersión”. Especialmente se refiere a las dispersiones del pueblo judío a lo largo de la historia, el cual fue forzado a salir de Israel y a vivir en naciones extranjeras. Estas dispersiones a menudo ocurrieron debido a la persecución o a las acciones militares de las naciones circunvecinas.

⁶ Explica la secuencia de tiempo de Hechos 11:30 y 12:25.

⁷ El profesor John Meyer en sus notas de clase sugirió el año 50 d.C. El profesor. W. Arndt en su folleto *The Life of Sant Paul* (Concordia Publishing House, 1944) opta por el año 47 a 48 d.C. Nosotros seguimos la fecha de Meyer.

⁸ Esta era una división de responsabilidad general. Pedro no haría ningún intento especial para evitar a los gentiles de la misma manera que Pablo no se tomó ningún trabajo para evitar contacto con los judíos.

⁹ Traducción libre. Bibliografía original del libro en ingles: Henry C. Thiessen, *Introduction to the New Testament*, (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1994), p. 286.

¹⁰ Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*. Texto, versión española, introducción y notas por Argimiro Velasco-Delgado, O.P. Segunda edición revisada. Biblioteca de Autores Cristianos (Madrid: 1997). VI, XXV, 8 V.2, p. 395. Bibliografía del libro original en inglés: C. F. Cruse, traductor, *Eusebius Ecclesiastical History*, VI, XXV, 8, p. 246.

¹¹ Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*. VI, XXV, 10 p.395. Bibliografía del libro original en inglés: Cruse, *Eusebius*, p. 246.

¹² Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*. III, xxv, 3 V1 p.164, 165. Bibliografía del libro original en inglés: Cruse, *Eusebius*, III, xxv, 3

¹³ Aquellos que estén interesados en dedicarse a este asunto más bien complejo encontrarán material en el volumen 2 de *Introduction to the New Testament*, de Theodor Zahn (Kregel Publishing, 1953), pp. 289f.

¹⁴ Hay algunos problemas textuales en este versículo, pero los problemas no afectan el pensamiento central de nuestra discusión en el momento, es decir, que los perturbadores estaban todavía asistiendo a las “fiestas” de la congregación.

¹⁵ Traducción libre. Bibliografía del libro original en ingles: James Hastings, *A Dictionary of the Bible*, Vol 3 (New York: Charles Scribner’s Sons, 1911), p. 767.

¹⁶ Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*. III, 30, 2 V1 p.174. Bibliografía del libro original en inglés: Cruse, *Eusebius*, III.30.

¹⁷ Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*. III, 39, 15 V1 p.194. Bibliografía original del libro original en inglés: Cruse, *Eusebius*, III.39.

¹⁸ Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*. II.15 V1 p. 88, 89. Bibliografía original del libro original en inglés: Cruse, *Eusebius*, II.15 (compare 6, 14)

¹⁹ Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*. V, 8, 3 V1 p. 297. Bibliografía del libro original en inglés: Cruse, *Eusebius*, III.1.

²⁰ Aurelio De Santos Otero. Los Evangelios Apócrifos. Edición crítica y blingüe. La editorial Católica, S.A. Biblioteca de Autores cristianos (Madrid: 1956) pp. 389, 390 Bibliografía original del libro original en inglés: J.K. Elliot, *The Apocryphal New Testament*, traducido por M.R. James, (Oxford University Press,

1924), pp. 92, 93. Parece como si ya en este tiempo hubiera algunos desacuerdos sobre el descenso de Cristo al infierno.

²¹ De Santos Otero. *Los Evangelios Apócrifos*, pp. 385 Bibliografía del libro original en inglés: Elliot, *The Apocryphal New Testament*, p. 91.

²² Traducción libre. Bibliografía del libro original en inglés: Elliot, *The Apocryphal New Testament*, p. 508.

²³ Traducción libre. Bibliografía del libro original en inglés: Elliot, *The Apocryphal New Testament*, p. 508.

²⁴ Traducción libre. Bibliografía del libro original en inglés: Elliot, *The Apocryphal New Testament*, p. 509.

²⁵ Traducción libre. Bibliografía del libro original en inglés: Elliot, *The Apocryphal New Testament*, p. 17.

²⁶ Antonio Piñeiro y Gonzalo del Cerro, *Hechos apócrifos de los apóstoles I, Hechos de Andrés, Juan y Pedro. Edición crítica bilingüe*, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2004) p. 547 Bibliografía del libro original en inglés: Elliot, *The Apocryphal New Testament*, p. 304.

²⁷ Piñeiro y del Cerro, *Hechos apócrifos de los apóstoles I, Hechos de Andrés, Juan y Pedro* p. 549 Bibliografía del libro original en inglés: Elliot, *The Apocryphal New Testament*, p. 304.

²⁸ Piñeiro y del Cerro, *Hechos apócrifos de los apóstoles I, Hechos de Andrés, Juan y Pedro* p. 647 Bibliografía del libro original en inglés: Elliot, *The Apocryphal New Testament*, p.331, 332.

²⁹ Piñeiro y del Cerro, *Hechos apócrifos de los apóstoles I, Hechos de Andrés, Juan y Pedro* p. 647 Bibliografía del libro original en inglés: Elliot, *The Apocryphal New Testament*, p.331, 332.

³⁰ Piñeiro y del Cerro, *Hechos apócrifos de los apóstoles I, Hechos de Andrés, Juan y Pedro* p. 649 Bibliografía del libro original en inglés: Elliot, *The Apocryphal New Testament*, p. 332.

³¹ Piñeiro y del Cerro, *Hechos apócrifos de los apóstoles I, Hechos de Andrés, Juan y Pedro* p. 671 Bibliografía del libro original en inglés: Elliot, *The Apocryphal New Testament*, p. 336

³² Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*. II, 25, 8 V1 p.116. Bibliografía del libro original en inglés: Cruse, *Eusebius*, II.25.

³³ Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*. III, 1, 2 V1 p.120. Bibliografía del libro original en inglés: Cruse, *Eusebius*, III.1.

³⁴ Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*. II, 25, 7 V1 p.115. Bibliografía del libro original en inglés: Cruse, *Eusebius*, II.25.

³⁵ Traducción libre. Bibliografía original del libro en inglés: *Biblical Archaeologist*, 1953, p. 71.

Este cómodo libro del profesor Panning tiene muchos usos potenciales. Es un excelente recurso para pastores, maestros y laicos que quieran aprender más acerca del apóstol Pedro. *Un retrato de Pedro* puede también ser efectivo para los estudios bíblicos tanto personales como grupales ya que incluye preguntas de estudio al final de cada capítulo.

En este retrato, el Pastor Panning ha reunido mucho de lo que dice la Escritura con respecto a Pedro. También incluye discusiones sobre las dos epístolas de Pedro y sobre las tradiciones que se han acumulado a lo largo del tiempo en relación con la vida de Pedro. El retrato que hace Panning de este gran líder de la iglesia demuestra el valor práctico que tiene la vida de Pedro para la iglesia de nuestros días. Él nos muestra cómo el Señor entrenó a este ex pescador para ser un líder de la iglesia y luego lo colocó en el lugar correcto para guiar a su iglesia primitiva.

Un retrato de Pedro reseña las tres etapas de la vida del apóstol. En la primera etapa, Pedro es llamado y entrenado, en la segunda es ubicado en una posición de liderazgo en la segunda y en la tercera, se desvanece de la escena. Especialmente en un estudio de la tercera etapa, donde el trabajo de Pedro es eclipsado por la emergencia del apóstol Pablo, los lectores pueden encontrar mérito en leer su volumen compañero, *Un retrato de Pablo*, también publicado por la Editorial Northwestern.

Armin J. Panning ha tenido una larga carrera en la iglesia, habiendo servido como pastor de parroquia, profesor y presidente de un seminario. Su escritura y su enseñanza son ampliamente respetadas dentro del luteranismo ortodoxo. Actualmente está jubilado pero continúa activo en las relaciones entre iglesias; Panning vive en Port Washington, Winsconsin.

Editorial Northwestern
Milwaukee, Winsconsin
www.nph.net

A Portrait of Peter – Spanish
Catalog Number: 38-3406



Multi-Language Publications
Bringing the Word to the World

A Portrait of Peter - Spanish
MLP Catalog Number: 38-3406